

PUNTO DE VISTA

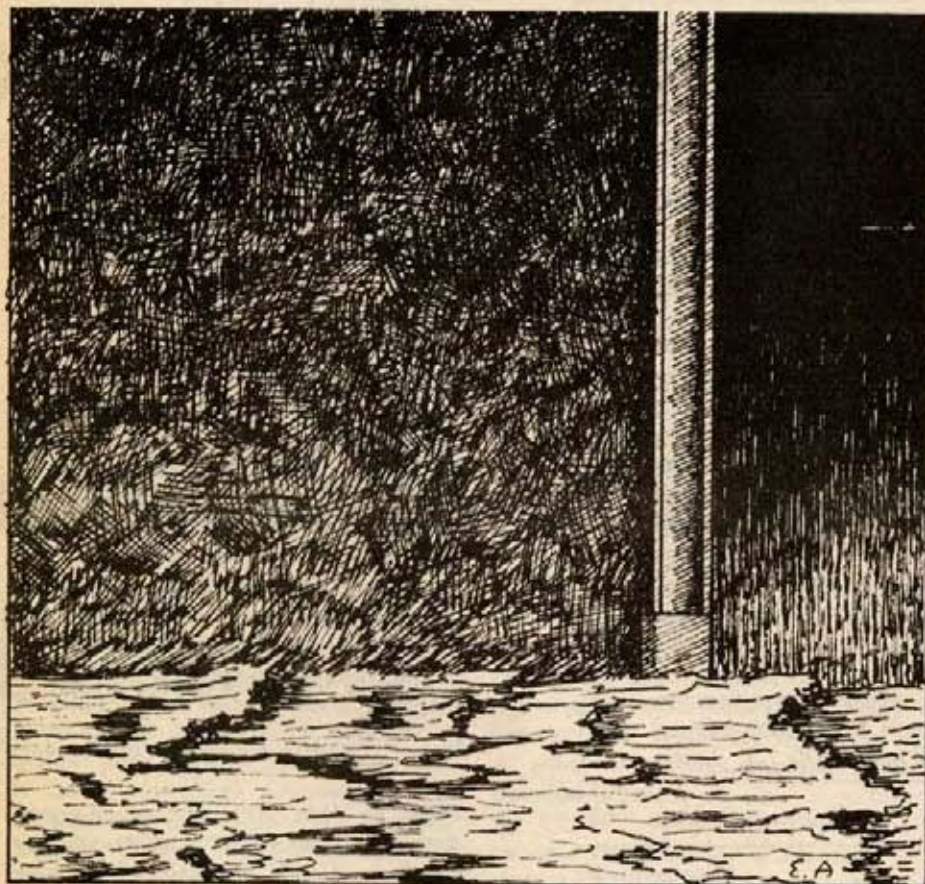
Ideología y psiquiatría: nacionalidad, raza, disciplina social / Bourdieu: la lección del sociólogo / Austin: el análisis del lenguaje

REVISTA DE CULTURA

AÑO V, N° 15,
agosto-octubre 1982 \$ 25.000

¿Dónde anida la democracia?

“En Argentina, el sistema político democrático ha sufrido diversos avatares: algunos avances y muchos retrocesos. Es habitual que su análisis se haga desde el punto de vista de los grupos dominantes, de los factores de poder, de la institución militar, y que los sectores populares sean considerados apenas como fuerza impulsora o como los que otorgan el consenso que todo régimen estable necesita. Cabe sin embargo plantear el problema desde una perspectiva complementaria de aquélla: la de los propios sectores populares —en definitiva, los más interesados en una democracia auténtica— y su capacidad para generar y alimentar procesos democráticos”.



Ni el tiro del final, de José Pablo Feinmann: la novela policial en la literatura argentina. **El vuelo del tigre**, de

Daniel Moyano, exagera el poder de la invención como recurso para entender y modificar lo real.

Significación estética y sociológica de la cultura, en Literatura argentina y realidad política de David Viñas.

Sumario

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura

AÑO V, N° 15

agosto-octubre de 1982

Lecciones de una guerra, por Carlos Altamirano	3
¿Dónde anida la democracia?, por los integrantes del PEHESA	6
Nacionalidad, raza, disciplina social. Ideología y psiquiatría, por Hugo Vezzetti	11
Lección. El oficio de sociólogo, por Pierre Bourdieu	16
Poemas de Eduardo Romano, Edgardo Russo y Aldo Oliva	19
La moral de la crítica, por Beatriz Sarlo, sobre Literatura argentina y realidad política de David Viñas	21
Temas y variaciones en la narrativa de Daniel Moyano, por María Teresa Gramuglio, sobre El vuelo del tigre	22
Novela policial: la violencia y la ironía, por Carlos D. Martínez, sobre Ni el tiro del final de J. P. Feinmann	25
Análisis de los actos lingüísticos en la perspectiva de Austin, por Diana H. Maffía, sobre Cómo hacer cosas con palabras de J. L. Austin	27
Correo de lectores	29
Minima	30
Libros recibidos	31

Consejo de Dirección:

Carlos Altamirano
María Teresa Gramuglio
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:

Beatriz Sarlo

Diseño original:

Juan Pablo Renzi

Diagramación:

Gustavo Valdés

Armado:

Diego Oviedo

Suscripciones

Argentina, un año, 100.000 \$
 Exterior, 6 números (correo aéreo),
 25US\$

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de Vista fue impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Brasil 3215, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Los dibujos que ilustran este número son originales de **Eduardo Audivert**

Lecciones de una guerra

Carlos Altamirano

El operativo Malvinas y los hechos políticos y militares de estos últimos meses se convirtieron en centro de la política argentina y, después de la derrota, en desencadenante de la crisis, que involucra a toda la sociedad nacional y toca, en consecuencia, directamente a los intelectuales. *Punto de vista* no considera que esta temática pueda permanecer fuera del espacio de la revista, como reflexión sobre lo sucedido y sobre las posiciones que dividieron el campo intelectual. Desde esta preocupación, Carlos Altamirano propone algunas perspectivas sobre los últimos sucesos en el marco de las cuestiones nacional y democrática. El Consejo de Redacción en su conjunto considera como propias las posiciones del artículo que se publica.

En Buenos Aires, el Operativo Malvinas terminó como había comenzado: con una convocatoria a Plaza de Mayo. Pero la segunda cita no resultó como la primera. Los que, desde el poder o fuera de él, habían fantaseado con alguna nueva versión del 17 de octubre de 1945, se encontraron con que habían promovido una reedición, sí, pero de una fecha más cercana, la del último 30 de marzo. Buena parte de los que casi dos meses atrás animaron la primera convocatoria oficial para celebrar el desembarco en las Islas y cuyas consignas le dieron tono y proyecciones 'avanzadas' al operativo militar, reasumirían en la segunda vuelta la figura del 'subversivo'. Después, todo se precipitaría. Así, tuvimos que asistir como súbditos a las disputas de los 'señores de la guerra' que deliberaban sobre el presidente y el futuro que habrían de imponer a los argentinos, sin otros títulos para ello que el monopolio de la fuerza. La encrucijada de la guerra no había traído todos aquellos cambios que muchos, soñando con los ojos abiertos, le atribuyeron a

la dinámica de las 'contradicciones objetivas'. Sólo precipitó el resquebrajamiento de un régimen que vio en la recuperación de las Malvinas un camino para resolver sus problemas, incluido el de su legitimidad.

i) ¿Por qué, finalmente, fuimos a una guerra? El pueblo que en los días posteriores a la caída de Puerto Argentino preguntaba lleno de rabia por el sentido del conflicto, no tenía dudas acerca de los derechos argentinos sobre las Islas, ni sobre el carácter imperialista de la reacción británica y la de su socio mayor, los EE. UU. El antimperialismo no era un dato novedoso ni insospechado de la cultura política argentina, aunque el Proceso de Reorganización Nacional había trabajado implacablemente para desterrarlo. La pregunta apuntaba en otra dirección y revelaba que comenzaba a difundirse la conciencia de que un sentimiento y una reivindicación legítimos habían sido jugados en una aventura militar cuyo precio era la mu-

tilación de otra generación de jóvenes y el agravamiento de una situación económico-social ya insoportable.

El Operativo no fue un rayo en cielo sereno. Tampoco podría decirse que se ignoraba completamente que el tema había sido puesto en el orden del día a partir del recambio producido dentro del régimen militar en diciembre de 1981. Quien quisiera podía leerlo en el diario *La Prensa*, cuyo columnista Iglesias Rouco, que tantos servicios le prestó y le prestaría al 'partido de la guerra', anunció el desembarco con mucha antelación, rodeándolo ya entonces de todo el espíritu de exitismo y facilonería que se tomaría en la norma después del 2 de abril. Todo era muy sencillo: la operación, que no presentaba complicaciones desde el punto de vista técnico-militar; la solidez jurídica del reclamo argentino; la moderación, que era de descontar, de la reacción británica, y, sobre todo, la benevolente neutralidad de los EE. UU. (si previamente el régimen militar daba algunas muestras claras de su vocación 'occidental'). Y, en compensación por algo tan sencillo, ¡cuánto rédito!

ii) Tres grandes problemas dominaban al régimen militar cuando el general Galtieri asumió la presidencia: 1. Aislado como nunca desde 1976, ¿cómo prolongar el proyecto que se había dado el pomposo nombre de Proceso de Reorganización Nacional, cuando, después de seis años no ofrecía, incluso para muchos de los que le dieron fervoroso apoyo, otro balance que su eficacia represiva? ¿Cómo conjugar, entonces, las metas que habían dado nacimiento al régimen, y a las que no se estaba dispuesto a renunciar, con una 'causa nacional'? 2. Las divergencias en las propias filas de la corporación militar. La falta de homogeneidad y de un predominio claro y estable entre corrientes y grupos diferentes había sido un rasgo característico de la dictadura militar argentina desde su mismo comienzo; el complicado mecanismo que se implantó para resolver sobre áreas de competencia, fueros y jurisdicciones no hizo más que traducir institucionalmente esa situación. El fracaso en el cumplimiento de los 'grandes objetivos' irritó todas

esas divergencias, pero las disputas sorpresas y discretas de los primeros años se tornaron cada vez más abiertas, hasta alcanzar luz pública con las posiciones 'disidentes' del almirante Massera y con el desenlace de la breve gestión del general Viola. A principios del 82, en medio de la crisis económica más grave de la Argentina moderna y con las filas de los 'amigos del proceso' raleadas por la derrota del violismo, el legado de la "guerra sucia" se hacía cada vez más pesado y, por ello, menos seguro como lazo único de cohesión entre los diferentes grupos del régimen. 3. La cuestión del Beagle y del Atlántico Sur, un verdadero atolladero para el gobierno argentino que, después de haber impugnado el laudo arbitral y recurrido a la mediación vaticana, no podía rechazar ni aceptar la propuesta del Papa para dar solución al litigio con Chile: lo primero hubiera aislado hasta lo insostenible a la Argentina, cuyo régimen no gozaba de la mejor fama en el mundo; lo segundo era resistido por la mayoría de los jefes militares. Pero no era un área cualquiera la que estaba en juego: el Atlántico Sur se había convertido en una zona de creciente importancia, no sólo por la riqueza real o potencial que pudiera albergar, sino por su valor estratégico ante la inestabilidad de las rutas tradicionales: el país que tuviera la llave del extremo sur era el socio insoslayable de la gran alianza atlántica.

De cara a este conjunto de problemas, la recuperación de las Malvinas parecía poseer todas las virtudes. Agreguemos, porque sin este elemento político e ideológico no se tendría una de las claves del mesianismo beligerante que se había apoderado de los responsables del Operativo, que desde 1978 se configuró, dentro y fuera del régimen, lo que podría llamarse un 'partido de la guerra'. Su forma más pública y visible era la de un conjunto de círculos y camarillas, liberales unos, nacionalistas otros, pero todos muy activos (conferencias, folletos, libros) en la promoción de una política exterior 'fuerte', capaz de poner en vereda a los vecinos y atraer el interés de los 'grandes' de occidente hacia una Argentina convertida en potencia regional del Cono Sur. Este 'partido

de la guerra' que no pudo imponerse en 1978 para ajustar cuentas con Chile, jugó un importante papel en el bloqueo de la propuesta papal sobre el Beagle y en abril de 1982 encontró su "canciller de hierro" y su hora.

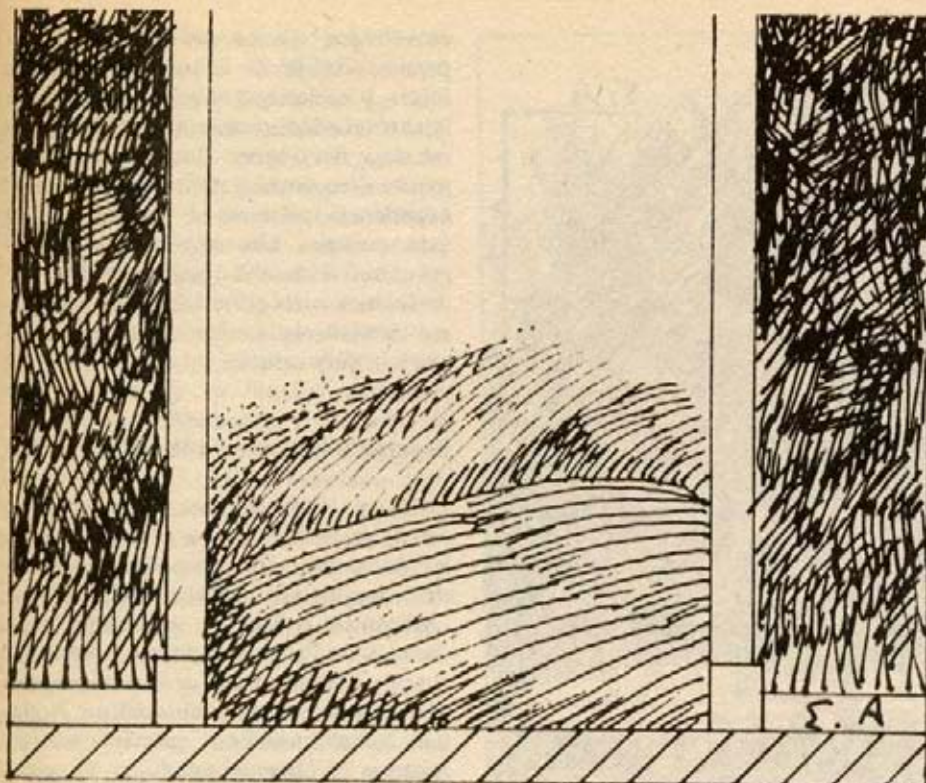
iii) Todos estos factores se condicionaron recíprocamente y condicionaron el conjunto del proceso, con sus vicisitudes políticas y diplomáticas, durante los dos meses y medio que duró el conflicto. Si el general Galtieri y sus asesores apostaron, al menos durante la primera etapa del enfrentamiento, al todo o nada —victoria (es decir reconocimiento de la soberanía previo a toda negociación) o humillación nacional— no fue únicamente porque confiaron en la amistosa e incluso cómplice neutralidad del imperialismo norteamericano, sino también porque sólo un éxito neto podía rendir todos sus frutos al moribundo Proceso de Reorganización Nacional. No cortar, de entrada, los puentes de negociación podía parecer más sabio desde el punto de vista diplomático, pero ello le hubiera despojado al Operativo de todas aquellas virtudes que habían encendido la imaginación de sus estrategas. Después del 2 de abril, de las declaraciones desafiantes y de la convocatoria a Plaza de Mayo, promovida para convertir a los jefes del gobierno en intérpretes de la 'causa nacional', no se podía ofrecer como resultado la perspectiva de una negociación larga y complicada. El Operativo no se puso en marcha para iniciar la liquidación del proceso comenzado seis años atrás, sino para sacarlo del atolladero y conducirlo al cumplimiento de sus metas.

iv) ¿Qué respuesta daba el Operativo a las demandas por las cuales se habían movilizadas las fuerzas de la oposición hasta el 30 de marzo (trabajo, salarios, libertades públicas, soberanía popular)? Ninguna. No obstante, aunque sólo fueron informadas *post festum*, el conjunto de esas fuerzas aceptó sin reservas el hecho consumado y sus direcciones se aplicaron a legitimarlo. Consecuentemente, se convirtió en principio general que reivindicar la soberanía territorial argentina sobre las Malvinas y con-

validar el Operativo y sus consecuencias eran una sola y la misma cosa. Cada cual proyectó sus propias expectativas sobre la fórmula de mayor circulación en esos días, "después del 2 de abril, ya nada será igual". Así, la lógica de la guerra se apoderó tanto del gobierno como de la oposición, pero mientras el primero recuperaba con ella el centro de la iniciativa política, la segunda sólo obtenía promesas indefinidas y una mayor tolerancia para exponer sus puntos de vista. Cualquier demanda para alterar aspectos sustantivos del régimen no alcanzaba otro eco que el llamado a la 'unión sagrada', en virtud de la cual todo debía ser prorrogado. La permanencia de Roberto Alemann, la víctima segura de la 'economía de guerra' según aquellos para quienes "todo había cambiado", fue acaso el índice más claro de la resolución con que los dueños del poder estaban aferrados a sus objetivos y para nada dispuestos a que se los trabajara de apuro.

Los que creyeron —porque querían o necesitaban creer, como fue el caso de la mayoría de los participantes en la Multipartidaria— que el éxito del Operativo tendría como función proporcionarle a los jefes militares un repliegue honroso a los cuarteles, después de haber concertado la institucionalización con los dirigentes civiles, tardarían en comprender que el oportunismo y la complacencia con la aventura militar, rendía muy pocos frutos. Porque en los despachos oficiales se elaboraban ideas diferentes acerca de uso que podía tener el 'consenso nacional' y su rumbo en la posguerra. ¿Acaso la carta de las Malvinas había sido jugada para entregar después el gobierno a alguna de las fuerzas de la Multipartidaria?

v) En cuanto a los que se propusieron reapropiarse del conflicto para darle una orientación radical, asimilándolo a una guerra de liberación nacional, únicamente lograron encrespar sus propias declaraciones. Quienes disponían del poder no sólo tenían otras ideas respecto del sentido y los límites que debía tener el conflicto, sino también los medios que el poder, precisamente, confiere para implantarlos. Todos los



de la señora Thatcher, sino a aquellos que celebraron su ascenso al poder en 1979 y creían que bastaba el lazo del anticomunismo para borrar las 'jerarquías' entre naciones centrales y periféricas? ¿Quién podía dudar sobre la elección que haría la administración Reagan si se la colocaba en la situación de optar entre el régimen militar de un país dependiente y su principal aliada europea en la estrategia de la guerra fría? Sólo aquel que había dispuesto convertir a la Argentina en un gendarme regional del 'occidentalismo' y creía que ello era mérito suficiente para obtener el tratamiento de aliado 'grande'. De la vanidad de estas ilusiones alojadas en la cúpula, el pueblo habría de ser la víctima, no el beneficiario.

Pero la lección más profunda de la guerra de las Malvinas acaso sea ésta: sólo la recuperación de la soberanía popular permitirá articular las reservas antimperialistas de la sociedad argentina e inscribir en una política exterior coherente la solidaridad que la reivindicación de las Islas ha obtenido siempre en América Latina y el bloque de los no alineados. La disgregación del régimen militar que sobrevino tras la caída de Puerto Argentino, ha abierto la posibilidad de la democratización del estado y la vida pública, de las instituciones políticas y sindicales, de los órganos de la cultura. Se trata nada más que de una posibilidad. Su realización requiere la voluntad de las fuerzas populares y democráticas para dismantlar la máquina autoritaria que asfixió durante décadas la existencia de la nación y cuyo desarrollo y funcionamiento alcanzó en los últimos seis años los extremos del horror. Los círculos dominantes del *establishment* han hallado en esa máquina, alojada en el corazón del estado, los medios para volver al poder u obstruir los proyectos adversos a su hegemonía. La democratización es, pues, un trayecto cuyo recorrido difícilmente sea apacible porque hay poderosos obstáculos para ello en la sociedad y en el estado. Pero no hay otro camino tampoco para la "cuestión nacional": la historia de nuestro país la ha anudado inextricablemente con la "cuestión democrática" y ninguna puede resolverse verdaderamente sin la otra.

llamados a emprender la expropiación de las firmas de capital británico y norteamericano estaban destinados a caer en el vacío: esas medidas hubieran introducido la división y la ruptura no ya con el imperialismo, sino con el bloque social, reducido pero poderoso, sobre el cual se había asentado el Proceso de Reorganización Nacional. Es decir, hubieran constituido no la 'profundización' sino la negación misma del Operativo Malvinas, cuya virtud radicaba justamente en su capacidad para incluir a todos, aun a los abogados nativos del lobby británico. El *leit-motiv* oficial —que Gran Bretaña defendía militarmente una concepción "anacrónica"— revelaba con toda elocuencia los límites dentro de los cuales el régimen situaba el conflicto. La legitimación del discurso antimperialista y la ampliación de la tolerancia ideológica no alteraban esos límites, aunque así lo creyera un abstracto voluntarismo que se obstinaba en reafirmar consignas sin posibilidades de concreción. Quienes aseguraban que sólo había que contar con los 'hechos', no con las intenciones, contaban en realidad con la voluntad ajena y creían empujar cuando

iban a la cola. La guerra de palabras que se libró lejos del frente únicamente sirvió para ocultar el curso objetivo del enfrentamiento bélico real que se desarrollaba en el sur. En el eufórico mes de abril, Adolfo Pérez Esquivel estuvo entre los pocos que dijeron públicamente lo esencial: había que evitar el camino de la guerra, rechazar la mediación de Haig y colocar la negociación en los organismos internacionales; todos los problemas del pueblo argentino seguían en pie.

vi) ¿No se deja así de lado el imperialismo, la prepotencia británica y la responsabilidad de su socio yanqui en la expedición punitiva de la Navy? En realidad, fue lo único que resultó claro en todo el conflicto, aunque no hubiera en ello nada de "anacrónico". Asimismo, quedó claro cuál es el lugar de la Argentina en el escenario internacional, cuál es su área de pertenencia y dónde puede encontrar sus aliados si busca realizarse como nación independiente, no alineada en la confrontación Este-Oeste. Pero el pueblo no necesitaba pagar por esta lección un precio tan alto. ¿A quiénes podía sorprender la actitud recalcitrante



¿Dónde anida la democracia?

Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA)

La participación popular y sus avatares, 1880-1943

En Argentina, el sistema político democrático ha sufrido diversos avatares: algunos avances y muchos retrocesos. Es habitual que su análisis se haga desde el punto de vista de los grupos dominantes, de los factores de poder, de la institución militar, y que los sectores populares sean considerados apenas como fuerza impulsora o como los que otorgan el consenso que todo régimen estable necesita. Cabe sin embargo plantear el problema desde una perspectiva comple-

mentaria de aquélla: la de los propios sectores populares —en definitiva los más interesados en una democracia auténtica— y su capacidad para generar y alimentar procesos democráticos.

Para los sectores populares, la democracia implica un componente esencial: la participación igualitaria, que hoy sólo es posible en aquellas organizaciones celulares que funcionan en el interior de la sociedad civil. Un régimen democrático integral supone, además de ésta, otras muchas condiciones, y principalmente un sistema de partidos donde los intereses sectoriales se integran y se trasmutan en proyectos políticos. Pero éstos deben apoyarse necesariamente en esa red de organizaciones primarias donde se gesta la experiencia democrática.

Son los duros avatares de la democracia en Argentina los que nos llevan a reflexionar acerca de esas células primeras,

esos “nidos” en los que se realiza la experiencia inicial de la participación igualitaria, y en los que se refugia y mantiene latente cuando el sistema político general deja de ofrecer —como ocurre con mucha frecuencia— el marco para que la experiencia primaria se proyecte en la vida política. Los comentarios que siguen, referidos a los sectores populares de Buenos Aires entre 1880 y 1943, quieren arrojar alguna luz sobre cuestiones que son muy actuales.

El período formativo, 1880-1912

Hacia 1880 culmina el proceso de constitución del estado nacional. Al calor de la creciente prosperidad económica, los distintos sectores de la *élite* tradicional concluyen las siete largas décadas de lucha y se integran en torno de una fórmula política que se expresa en la laxo Partido Autonomista Nacional. Simultáneamente culmina la organización jurídica del estado, en la que se conceden extensas facultades a un poder central fuerte, capaz de garantizar el orden y la unidad. El sistema político que administró el estado, y que dirigió la gran transformación de la sociedad, se mantuvo largo tiempo restringido a la *élite* tradicional y particularmente a una oligarquía política que se constituyó en su seno.

Paralelamente, la sociedad se renovaba totalmente, al ritmo del crecimiento agropecuario y de la urbanización. En las grandes ciudades —Buenos Aires y Rosario, particularmente— los sectores populares se constituyeron mediante la integración de los viejos grupos criollos, los inmigrados en las décadas anteriores y los nuevos contingentes europeos. Fue ésta una etapa de formación, en todos los niveles: de las actividades productivas, de las redes sociales —que se articularon primero en los conventillos y luego en los nuevos barrios— y de las diferentes tradiciones culturales.

Sobre esta sociedad aún en estado flujo procuró intervenir un estado que, si le vedaba la participación política, necesitaba ordenarla, disciplinarla y generar en ella un consenso mínimo para su acción. La acción del estado sobre la

Integran el PEHESA: Ricardo González, Leandro H. Gutiérrez, Hilda Sabato, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero y Miriam Trumper.

sociedad civil fue intensa y se proyectó en distintos niveles: disciplina laboral, orden policial, control sanitario. La educación pública —herramienta formidable— fue decisiva para la integración y nacionalización de los inmigrantes y, también, para la difusión de los principios básicos del orden. La legislación sobre servicio militar obligatorio, concebida con los mismos objetivos, completó el proceso, en una etapa en la que el estallido de los primeros conflictos graves obligó al estado a acentuar su función represora.

Pero simultáneamente, en el seno de esta sociedad en formación, en la que la diferenciación había avanzado sólo unos pocos tramos, se fueron gestando infinidad de organizaciones celulares, a través de las cuales aquel conglomerado fluído fue adquiriendo formas definidas. En primer lugar, las diversas instituciones que agrupaban a las colectividades nacionales, cuya doble organización —por lugar de origen y por zona de residencia en las ciudades— es característica de esta etapa. Luego, las sociedades gremiales y de socorros mutuos, a menudo entrecruzadas con aquéllas. En otro plano, las diversas asociaciones con fines culturales o recreativos: los clubes, las bibliotecas populares, los grupos teatrales o filodramáticos, las escuelas libertarias. . .

¿Cuál fue la función de este vasto conjunto de instituciones en el proceso de conformación de los sectores populares, y sobre todo en el de adquisición de su identidad? Una de sus características fue la amplitud de los fines reales —más allá de los declarados—, la pluralidad de funciones asumidas, su entrecruzamiento y superposición, y su relación conflictiva, como la que caracterizó a sociedades de socorros mutuos y sociedades de resistencia. Había, sin duda, un espacio por ocupar, ancho y elástico, en buena medida coincidente con aquel sobre el que avanzaba el estado: en la educación, por ejemplo, funcionó durante un largo período un sistema informal —bibliotecas populares, centros culturales, centros políticos— cuya real magnitud nos es poco conocida pero que representó una alternativa frente a la enseñanza estatal. Pero el rasgo saliente de estas primeras organizaciones celulares



es su carácter espontáneo, que permitió una participación efectiva e igualitaria, una experiencia concreta de discusión y gestión, de divergencia y acuerdo, de democracia embrionaria, en síntesis.

Entre ellas, nacieron unas muy peculiares, llamadas a trascenderlas: los gremios por oficio, matriz de los sindicatos. Es sabido que éstos tuvieron un temprano auge, si se considera lo incipiente del desarrollo de los sectores trabajadores, su fragmentación y el peso enorme de los que realizaban tareas ocasionales o de los "cuenta propia". En el acelerado crecimiento de estas organizaciones reivindicativas influyeron tanto los problemas concretos —condiciones de trabajo, jornada laboral, salarios, inestabilidad— como el aporte de militantes extranjeros, vinculado con su precoz desarrollo ideológico. Lo que más nos interesa en este caso es su propio funcionamiento interno: tamaño reducido y asociación voluntaria —de hecho, nucleaban a los activistas— implicaron un acabado funcionamiento democrático, similar al que se daba en las restantes organizaciones celulares. Pero, a diferencia de aquéllas, estos sindicatos alcanzaron rápidamente una fuerte capacidad de movilización, que se manifestó en la serie de huelgas —de carácter definitivamente contestatario— a lo largo de la primera década de este siglo. Más que la adhesión del conjunto de los trabajadores a la ideología anarquista —que era la dominante entre los dirigentes— se observa aquí una capacidad de éstos para captar las demandas que en ese momento tenían los trabajadores y formular las consignas que posibilitaban su movilización. Por ese camino, algunas de aquellas organizaciones celulares de la sociedad —y de sus trabajadores particularmente— comenzaban a derivar en organizaciones más complejas y de funciones más específicas.

Algo similar ocurrió en la esfera propiamente política. Allí la restricción impuesta por el estado imperaba plenamente, reforzada por el hecho de que el grueso de los inmigrantes era reacio a la naturalización, condición necesaria para una hipotética participación electoral. Pero la falta de adquisición de la nacionalidad cívica en modo alguno excluía

totalmente a los inmigrantes de una participación política, que se canalizaba por otras vías: las asociaciones de colectividades, que en ocasiones funcionaban como grupo de opinión o de presión, a través sobre todo de una prensa propia que fue haciéndose cada vez más importante; los gremios y asociaciones de trabajadores, donde predominaban los inmigrantes, en los que la dirección anarquista llevaba a asociar fuertemente la lucha sindical con la política. Inclusive, se dio la participación directa, en la protesta callejera —en el ciclo crítico de 1890-1895— y eventualmente en algunas formas políticas de violencia. Para los sectores criollos, por su parte, la inclusión en las clientelas propias de la política tradicional representaba un primer paso en el proceso de integración a la vida política.

En este proceso paulatino de politización de los sectores populares representó un avance sustancial el surgimiento de partidos políticos modernos que, aunque no específicamente populares, dieron amplia cabida a estos sectores. En el caso del radicalismo es necesario puntualizar que esa participación popular, que llegó a ser importante, no estuvo plenamente presente en sus inicios. El Partido Radical fue, durante un lapso prolongado —probablemente hasta 1905/1910— un partido de cuadros, dirigido por un sector disidente de la *élite* tradicional. Su desarrollo hasta entonces representó un sustancial aumento de la participación, pero dentro de los límites del sistema establecido; sobre todo, después de los años críticos de 1890-1895, entró en un estado casi de latencia. Por otra parte, la definida heterogeneidad de su composición limitó sus formulaciones programáticas al tema del sufragio e impidió que la participación popular tuviera un perfil más definido. En el caso del Partido Socialista, esa definición programática existió: por primera vez, una agrupación política ofrecía un programa para una clase obrera cuya formación se estimulaba. Partido para los trabajadores, no fue sin embargo un partido predominantemente de los trabajadores. Su conducción quedó reservada al núcleo de intelectuales que lo fundó y la participación en él de los

gremialistas fue siempre restringida, al punto que el grueso de ellos abandonó el Partido en 1905. Por otra parte, el lento avance de la nacionalización entre los trabajadores inmigrantes indica que la prédica del Partido en pro de una participación política electoral —que competía con la tesis anarquista, mucho más exitosa— no lograba grandes éxitos.

El primer impulso, 1912-1930

La etapa que va desde la sanción de la Ley Sáenz Peña hasta la revolución de 1930 está caracterizada por una notable extensión en la participación política y un aumento en la especificidad de las organizaciones a través de las cuales ésta se expresa. Probablemente, también se produjo un debilitamiento de muchas de aquellas primeras organizaciones celulares y un surgimiento de otras nuevas.

Aunque el desarrollo de la sociedad no presenta cesuras manifiestas, puede señalarse sin embargo que, en esta segunda etapa, aquel proceso formativo ha dado paso a una etapa de estructuración creciente. La diferenciación de la sociedad es manifiesta y, del conglomerado inicial, pueden distinguirse con claridad a los sectores trabajadores y a aquellos que han dado un paso importante en la "aventura del ascenso". Iguales diferencias pueden hacerse entre el mundo marginal y el mundo del trabajo, y aun en éste, entre el conjunto de los trabajadores y un sector obrero con perfiles definidos. Por otra parte, la existencia de una segunda generación de inmigrantes —argentinos de nacimiento— altera completamente los datos respecto de su participación política. Finalmente, es más evidente que la onda general de prosperidad de la sociedad global —que arranca en 1880 y culmina en 1930— sufre interrupciones en coyunturas visibles y violentas, como el ciclo que sigue a la Primera Guerra Mundial, en las que los conflictos de la sociedad alcanzan picos culminantes.

Pero lo decisivo para explicar los cambios en la participación popular proviene de la esfera propiamente política. La Ley Sáenz Peña, en parte pro-

ducto de un largo proceso de lucha y movilización, tuvo a su vez enormes efectos movilizadores. Apenas sancionada, la afluencia de afiliados a los partidos se incrementó, y particularmente cambió la naturaleza del radicalismo. Esa participación —tanto en afiliaciones como en voto— continuó en aumento, hasta culminar en las elecciones de 1928, primer fenómeno de elección masiva.

En ello tuvo que ver, además de la Ley, que creaba el marco jurídico, la presencia de un gobierno popular, tanto por su origen como, en buena parte del período, por sus políticas. Sin entrar en la discusión de las bases ideológicas o los objetivos últimos de los gobiernos radicales —y particularmente de los de Yrigoyen— es evidente que en muchos aspectos fueron gobiernos más bien permisivos que restrictivos y que sus políticas estuvieron guiadas por lo que se llamaba el "interés social" y la voluntad de mediar o conciliar en los conflictos sociales. Esta situación creó un ancho campo para que se desarrollara la movilización y participación popular, y para que los grandes organismos destinados a canalizarla —sindicatos y partidos— se desplegaran plenamente. También, creó las condiciones para una reacción igualmente profunda de los sectores propietarios y de las Fuerzas Armadas, de modo que pronto el gobierno radical quedó atrapado entre la movilización popular y la reacción del *establishment*.

La movilización sindical se hizo a la vez más intensa y más específica, y sus fronteras con la acción definida como política quedaron más claras. El desplazamiento del anarquismo por el sindicalismo correspondió al desarrollo de sindicatos de mayor envergadura, con un inicio de organización burocrática, montados sobre actividades que reunían a muchos trabajadores y cuyas patronales estaban relativamente unificadas, como las de los portuarios, los ferroviarios, los tranviarios o los marítimos. Los sindicalistas cortaron los vínculos con los partidos políticos, centraron su acción en la reivindicación económica, perseguida a través del sindicato, y desarrollaron su estrategia en torno de la negociación, tanto con los patronos como con un estado que intervenía cada vez más en

los problemas laborales. Las huelgas perdieron su carácter "salvaje" de la etapa anarquista y se centraron en la obtención de objetivos determinados y negociables. El largo período crítico, que se inicia hacia 1917, alcanza su pico en 1919 y se prolonga hasta 1923 (y en el que se insertan también importantes movilizaciones agrarias), lo fue menos por los objetivos declarados que por la suma de una serie de conflictos parciales, radicados, por otra parte, en centros neurálgicos de la vida económica, como eran las actividades exportadoras.

Retirado el sindicalismo de la acción política, su campo fue plenamente cubierto por unos partidos que se desarrollaron ampliamente, organizaron la opinión, compitieron por ella, impusieron sus representantes en las distintas instancias del estado, divergieron y negociaron: en suma, fueron los vehículos de la participación democrática. Esta se advierte, naturalmente, en la creciente participación electoral. Pero también, en el desarrollo de aquellas secciones de los partidos políticos que operan en el nivel de la sociedad civil y que establecen los vínculos de ésta con la política. Los comités radicales y socialistas no sólo reclutaron votantes potenciales sino que difundieron entre ellos la ideología partidaria.

Cabe preguntarse cuál fue la relación entre estos partidos y los núcleos previos que existían en la sociedad civil, un tema que parece crucial para comprender los alcances de esta primera gran experiencia democrática. En algunos casos, los comités asumieron las funciones de los viejos núcleos culturales o sociedades mutuales a las que desplazaron. En otros, en cambio, los absorbieron, dándole a sus actividades un cariz político. El clásico "puntero" fue también un dispensador de servicios y el comité pudo cumplir las funciones del club barrial, cuando estos clubes no eran controlados por algunos de los grupos políticos. El centro socialista reunió a los grupos con intereses culturales, organizó bibliotecas y cursos. El comité radical vendió pan barato en época de elecciones, etc.

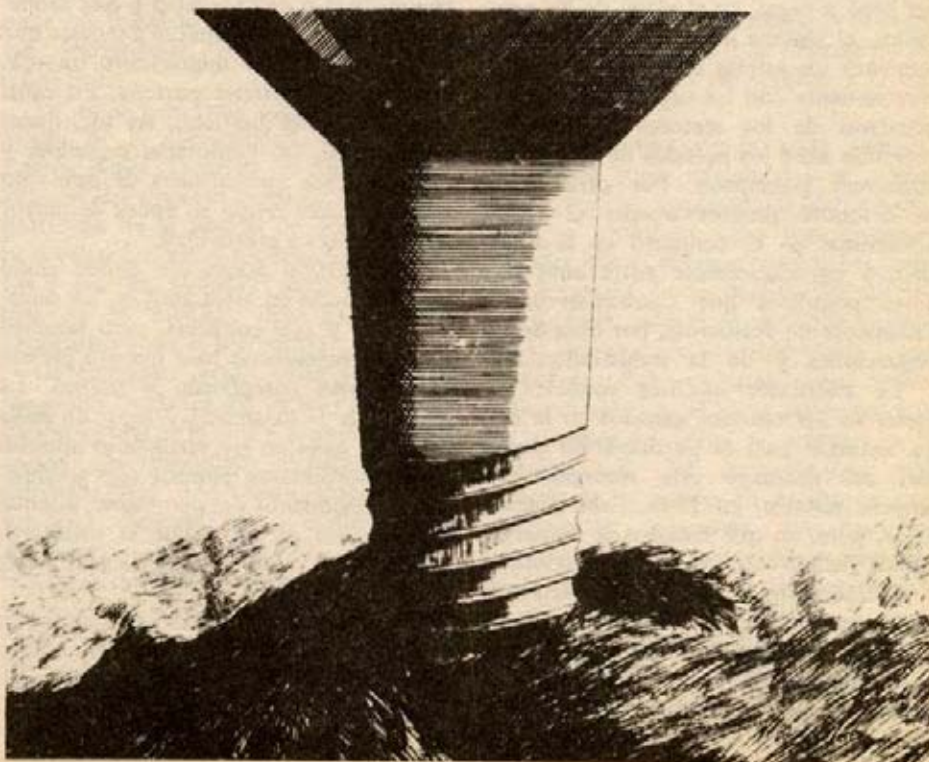
Así, buena parte de las funciones de las primeras organizaciones celulares originarias fueron absorbidas por los par-

tidos que les dieron una proyección política o, en otros casos, por las organizaciones sindicales de nuevo tipo. No ocurrió, sin embargo, en todos los casos, y hubo resistencias, pujas y conflictos y también reivindicación del apoliticismo. En otros casos, como en la educación, fue el avance del estado el que, sin proponérselo específicamente, restringió el campo a estas agrupaciones celulares. Por otra parte, la mayoría de ellas cambió sustancialmente de carácter, acompañando al proceso de diferenciación y estratificación de la sociedad. Así, las asociaciones de colectividades integraban a la totalidad de los miembros de una nacionalidad —que buscaba en ella beneficios cada vez más específicos— bajo la dirección de los grupos más ricos de la misma. De horizontales se hicieron verticales y fueron perdiendo aquel carácter de órganos primarios de la democracia. Es posible, sin embargo, que en otros sectores de la sociedad surgieran simultáneamente otras nuevas, aunque poco conocemos de ellas.

¿Se mantuvo esta práctica de la democracia primaria en las nuevas organi-

zaciones —partidos y sindicatos—, crecidas con el proceso de movilización y participación? La respuesta, en general, parece ser afirmativa, pero debemos consignar ciertas dudas, ciertas zonas oscuras en un desarrollo que nunca fue lineal. En el Partido Socialista es conocido el anquilosamiento de su dirección y la llamada "dictadura" de sus miembros fundadores, lo que seguramente debe de haber repercutido en la vida interna de los centros de base. Los comités radicales han sido vistos más bien como dispensadores de servicios que como generadores de inquietudes, y las posibilidades de que éstas llegaran a una dirección que, hasta 1925, era sustancialmente similar a la de 1890, eran escasas. Tendencias similares quizás podrían detectarse en sindicatos que empezaban a contar con grupos dirigentes estables y que, como en el caso de los ferroviarios, fueron definitivamente centralistas y autoritarios, porque así lo requerían las propias condiciones de trabajo.

Señalemos un último punto. Partidos y sindicatos tienen en este período esferas de influencia claramente diferen-



ciadas. La corriente llamada "sindicalista", dominante en los gremios, rechaza a los partidos. Los socialistas no sólo tienen dificultades para hacer pie entre los obreros sino que, en el propio partido, los dirigentes de origen gremial tienen un limitadísimo campo de acción. El radicalismo no desarrolló orgánicamente un sector gremial y sus relaciones con ese ámbito se daban más bien en la cúpula, con algunos dirigentes "sindicalistas". Desde el punto de vista de los trabajadores, esto significó que sus solidaridades se repartieron entre dirigentes gremiales y políticos, sin que su adhesión para la acción en una esfera específica implicara que debía trasladarse a otras. Probablemente, si debían negociar condiciones de trabajo, apoyaran a los sindicalistas, y si las cosas llevaban al enfrentamiento violento, siguieran a los anarquistas; pero cuando había que votar, lo hacían por Yrigoyen.

El repliegue, 1930-1943

La crisis de 1930 inauguró una etapa caracterizada por un régimen restrictivo apoyado en el fraude, que sin embargo no llegó a negar, en el plano de los principios, el sistema democrático. El estado aumentó sus esferas de acción y negoció directamente con las organizaciones corporativas de los sectores propietarios, privando así a los partidos de una de sus funciones principales. Por otra parte, se deterioró progresivamente el apoyo consensual en el conjunto de la sociedad, y particularmente entre unos sectores populares que cambiaban aceleradamente de fisonomía, por obra de las migraciones y de la industrialización.

La restricción política conllevó un cierre de los espacios ganados en la etapa anterior para la participación popular. Sin embargo ésta resurgió, con ímpetu notable, en 1945. Cabe preguntarse, pues, en qué ámbitos se conservó, dónde "anidó" en esos años de latencia.

Difícilmente la respuesta se encuentre en el ámbito de los partidos políticos tradicionales, que casi sin excepciones se adecuaron al régimen fraudulento. Apartados del presupuesto y del poder, los comités casi no pudieron seguir des-

arrollando sus funciones políticas, ni las sociales conexas.

Los sindicatos, en cambio, aumentaron su campo de acción a lo largo de la década. Se revitalizaron las organizaciones y se desarrolló un amplio proceso de movilización, conducido en buena medida por dirigentes de los partidos políticos obreros —socialistas y comunistas— que volvieron a encontrar en los sindicatos y la CGT un vasto campo de acción. Junto con las organizaciones crecieron los grupos sindicales de base, las comisiones internas y los nuevos sindicatos, al ritmo de la expansión y diversificación de la industria; aunque no siempre hubo entre ellas y las direcciones una comunicación fluida, en aquellos núcleos al menos se mantuvo y reactivó la participación igualitaria.

Pero lo más interesante, y menos conocido a la vez, es lo que ocurrió en el resto de las organizaciones que se desarrollaban en el seno de la sociedad civil. Muchas de las que nacieron en la etapa anterior desaparecieron, se burocratizaron o anquilosaron. Pero surgieron otras nuevas, particularmente en los barrios, viejos o nuevos, que desde principios de siglo habían sido los ámbitos de articulación de la nueva sociedad y que probablemente siguieron siéndolo a medida que el proceso de las migraciones internas ampliaba la periferia porteña. En estos años los clubes barriales, las sociedades de fomento, las bibliotecas populares y otras muchas instituciones de este tipo parecen haber vivido su época de mayor florecimiento y creatividad.

La cuestión acerca de dónde anidó la democracia en estos años es, sin duda, compleja y mal conocida, pero también llena de sugerencias para nuestro presente, también complicado y oscuro. La prueba de la existencia y vigor de estos nidos se halla en ese vertiginoso impulso de la movilización popular que acompañó al surgimiento del peronismo, aunque sin agotarse en él, y que se manifestó en todos los niveles, desde la base hasta la alta política.

Repliegues y avances se repitieron varias veces más aún. Cabe preguntarse si no es en este movimiento donde debe buscarse una de las claves de nuestra vida política.

HISPAMERICA

Director

Saúl Sosnowski

Suscripciones a **Hispanérica**, revista de literatura, tres números por año:

Individuales: u\$s 12.00

Bibliotecas: u\$s 18.00

Patrocinadores: u\$s 25.00 (sus nombres son mencionados en la revista)

TENEMOS
NUMEROS ATRASADOS

Dirección:

5 Pueblo Court/Gaithersburg, MD 20760, USA

HISPAMERICA

Nacionalidad, raza, disciplina social

Ideología y psiquiatría

Hugo Vezzetti

Si el tema de la *raza* convoca a Sarmiento en su vejez es porque resulta una especie de síntesis corporalizada de las vicisitudes del proyecto civilizador. En su valor ideal, es un modelo atravesado a la vez por los temas de la historia, la política y la psicología médica. Con la continuación del *Facundo*, el sanjuanino vuelve sobre su criatura y al contemplarla no se siente complacido. ¿Somos europeos o indígenas?, ¿somos una nación? El *nosce te ipsum* que lo guía busca recorrer el destino nacional partiendo de la etnología americana y queda inconcluso —nunca publicó la anunciada segunda parte— casi como un síntoma de la incumplida regeneración de la sangre hispano-indígena. Sólo quedó la expresión de deseos: “seamos Estados Unidos”¹.

En todo caso, la noción misma de raza aparece transformándose en su relación con una realización de valores que alternativamente se sitúan en el porvenir o en el pasado. El mito de la raza imita e invierte los temas de la locura, conservando la misma raíz moral, y sobrevive durante décadas atravesado por una temporalización bifurcada, en la que la historia imaginaria se coagula en un origen o un fin. O ser gauchos y exaltar el pasado —España, la religión católica, las tradiciones de la tierra— o ser cosmopolitas y anunciar proféticamente la futura ciudad civilizada y europea.

La profilaxis de la locura, entonces, que enfrenta el fantasma pavoroso de

una degradación mental generalizada, sostiene la fuerza de su empresa en el sustento mítico de esa sustancia racial que debe ser preservada o producida. De allí la pertinencia de esbozar los distintos momentos de las formulaciones que alimentan esa noción y definir los límites de su ubicuidad.

Una cierta tradición que persiste desde el romanticismo social al positivismo, y que Sarmiento entroniza con su *Conflictos y armonías*, ve en el pasado hispánico e indígena una inferioridad racial que debe ser alejada por la propia fuerza del progreso. Con mayor o menor optimismo, el peso mayor de esa utopía histórica está situado en el futuro, y la virtualidad de una raza privilegiada impone su mandato a las diversas empresas, pedagógicas, económicas, médicas o jurídicas.

En todo caso, una concepción biologicista de la nacionalidad, en José M. Ramos Mejía, favorece no sólo la intervención del discurso médico, sino la importación de la noción de *degeneración* para echar luz sobre los caracteres opuestos a esa raza soñada. Carlos O. Bunge, que no es médico, lleva ese recurso explicativo hasta el paroxismo.

De cualquier modo, entre ese primer momento fundador del papel y la significación virtual de la raza y el momento del apogeo del dispositivo higienista y psiquiátrico, hay una transformación, que no sólo depende de la conformación propiamente tecnológica de una política de salud física y mental para las masas, sino de la diferente relación con el tiempo que pone en juego. Hacia el fin del siglo, el presente urge la realización de los ideales psicomorales y en esa dirección convergen las disposiciones hi-

giénicas con la proyección social del alienismo y la divulgación ejemplarizadora de los temas criminalistas.

Es en ese marco que la doctrina de la degeneración se convierte en la figura obligada de los efectos indeseados de la inmigración. Y no se trata tanto de una aplicación de la teoría sino de que el perfil de la locura queda situado como una perspectiva metodológicamente privilegiada de acceso a las condiciones de la vida colectiva; y a partir de la afirmación de ese punto de partida, la noción de degeneración se expande y captura casi todos los análisis. Esa imagen viene a situarse en el polo temporal opuesto al ideal racial, y así es como esa degeneración hispano-indígena que debe ser redimida se trastoca en la degeneración cosmopolita que impone un retorno a los valores del terruño y la tradición.

El dispositivo de la salud pública, en cuanto toma extensión y se afirma como resorte fundamental del estado, viene a prolongar estas formulaciones globales con el señalamiento de los agentes presentes de la declinación biopsíquica. Ante todo el *alcohol* que se sitúa en la intersección de dos series interconectadas. Por una parte la que remite a la ociosidad y el vicio enfrentados a las virtudes laborales; la rebeldía y la agresión son sus consecuencias más directas y se proponen así como una significación inmediata del desorden urbano. Por otra, asociado al fantasma de la transmisibilidad de la degradación, el alcohol, junto a la patología venérea, forma parte esencial de un discurso sobre la sexualidad, cargado de representaciones amenazantes para el futuro de las generaciones. Esa condición a la

¹ *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883), La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915, p. 456.

vez inmediatamente reactiva y degenerativamente acumulada —que es, por otra parte, una ambivalencia global de las formas de la locura— en que el alcohol como vicio por excelencia y la reproducción sexual se enlazan íntimamente, aproxima ciertas descripciones médicosociales y psiquiátricas a las páginas más cargadas del naturalismo.

Cuando el sexo, subordinado a la *sangre*² y a las fantasías del linaje y la preservación-cambio del pasado, entra a ser un tema del discurso médicosocial, el punto de mira ya no es el individuo y su entorno inmediato; ya no se trata de esa acentuación de las "causas morales" para comprender el sentido reactivo de la patología, sino de los agentes permanentes que lesionan la integridad de la raza. Tal es el campo de significaciones en que se acota la cuestión de la familia argentina, como espacio privilegiado de esa dinámica esencialmente acumulativa, entre las propiedades de la regeneración y los estigmas contrarios de la degeneración.

La sexualidad, entonces, ya no es ese campo de la pasión instantánea, de la violencia del instinto sobre la razón, sino la fuerza motriz y la materia prima de una empresa utópica de fabricación de hombres. Como producción racial, el sexo aparece proyectado a una dimensión mítica eminente en la que se intersectan el material genésico del pasado y las esperanzas de la estirpe futura. Y más allá de los acentos manifiestos, la diferencia no resulta tan nítida en el nivel del mito, que organiza los sentidos del porvenir como el reencuentro de un pasado perdido.

Como resultado de este movimiento de representaciones en torno de la familia, y la producción-reproducción de la raza, las significaciones de la *mujer* viran hacia un eje predominantemente centrado en la herencia y la preservación. Esto supone un cambio acusado respecto de las primeras formas de dibujar la forma de la mujer en el orden de racionalidad que el alienismo venía a imponer. Si la condición femenina equivalía a una inferioridad estable de la razón, dominada por las



quimeras de la imaginación, justamente en esa locura casi novelesca, en la que la histérica es como una criatura del amor, cierta figura de la mujer encontraba a la vez su secreto atractivo. En ese sentido, condensaba esa forma de la locura como pasión, que forma parte de las representaciones románticas y excede en mucho los límites del discurso alienista.

Pero justamente el reconocimiento de un papel principal de la mujer en la generación y la crianza, la afirmación de su importancia estratégica, vital y moral para el destino de la especie, coincide con el reemplazo del encanto romántico por la utilidad positivista. La mujer entra en las equivalencias de las relaciones de utilidad: tierra, posesión, medio de producción, reservorio de los valores y las tradiciones morales.

José M. Ramos Mejía es la voz misma de lo escindido del discurso oligárquico cuando formula esa fantasía de la mujer —equivalente de las masas federales— como una prostituta paradójica que se entrega sólo a quien le agrada³, y que vie-

ne a subyacer a una empresa de organización política y cultural, considerablemente sexualizada, cuyas referencias primarias oscilan, como se vio, entre la violación y la salvación de la pecadora.

Por el contrario, adosada a la familia la mujer, viene a incluirse en la serie que opone el dinero sin pasado, que encandila al inmigrante, a la riqueza de familia cuya materialidad pecuniaria se sublima al integrarse a los valores de la tierra. Así, queda escindida entre esa equivalencia instantánea que sólo el prostíbulo revela en pureza, y la función acumulativa y depositaria de los bienes del linaje. Una línea demarcatoria bien nítida permite separar el rebaño: de un lado la infidelidad y la traición; del otro, las señoras de buena cuna.

Cuando el cosmopolitismo y la artificialidad importadas amenazan el futuro de la raza, cuya representación es el *niño*, la mujer, preferentemente de apellido, viene a concebirse como una reserva de la naturaleza, en la que los componentes biológicos de una vida sin excitaciones son inmediatamente la expresión de la virtud más femenina; la *pureza*. Si el niño idealizado simboliza el porvenir de la raza, la mujer preserva su pasado, anudados en la común barrera contra esos diversos rostros de la contaminación y la infección. En esta trama fantástica, bastante reiterada en las ficciones psiquiátricas tanto como en la novela naturalista, se afirma la vigencia de las cuestiones de la degeneración.

En la *sangre*, de Cambaceres, puede ser leída como una historia de la disociación moral de la familia argentina. Por una parte la serie del linaje simbólico, emblematizada en la propiedad rural, el apellido, el Club del Progreso y el desapego por el dinero; por otra la serie de la herencia biológica, brutal e incoercible, en la que el afán por el dinero es ya un estigma degenerativo y la violencia sexual repite el gesto traicionero del despojo de un patrimonio económico, que no se conservaba como medio de pago sino como atributo de la calidad del origen y el prestigio familiar.

Entre el descontrol (J. M. Ramos Mejía), la preservación de la raza (M. Cané) y la salvación (M. Gálvez), el tema de la mujer insiste en estos textos; en esas

² Foucault, M.: *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, Siglo XXI, México, 1977, p. 178.

³ *Las multitudes argentinas* (1899), Ed. Tor, Buenos Aires, 1956, p. 12 y 176.

diversas imágenes parece corporizarse el objeto imposible de una pasión por la pureza que pone en línea los ideales de la futura sociedad con los mitos del pasado. Y en ello, lo más defendido, el reducto de lo que debe permanecer inviolable, es el poder como propiedad de una clase. En ese sentido, los rituales de exclusión que preservan al Club del Progreso como un recinto a prueba de guarangos y advenedizos, anticipan la lógica de la profilaxis mental del inmigrante.

Es cierto que la obra de A. Ameghino se sitúa en una etapa posterior, en un momento de viraje del dispositivo psiquiátrico, que se extiende hacia la comunidad con el movimiento de la *higiene mental*, sin abandonar los reductos ya consolidados en el hospicio y en el espacio criminalista. Pero la insistencia propiamente obsesiva con que ese autor —que va a suceder a José Borda en la cátedra de psiquiatría de 1931— vuelve sobre el tema de la profilaxis mental en relación con la inmigración, lo presenta como el que realiza el balance de un extendido discurso sobre locura e inmigración —que comienza con L. Meléndez— y extrae todas las consecuencias. Junto con la precaria asistencia social del alienado, la falta de vigilancia de los extranjeros que llegan al país, son los factores determinantes del incremento de la locura. “La calidad mental de nuestra futura raza pinta ya, a su costa, con colores muy pálidos. La banda de energúmenos y forajidos —para nosotros degenerados psíquicos— que tiene en estos momentos desolada con sus fechorías a la población de Buenos Aires, adquiere así el significado de un fenómeno indicador del estado de cierto medio de nuestra sociedad”⁴.

La medicina social durante décadas se orientó a proteger a la sociedad existente, y con ello se propuso ayudar a los enfermos y los disminuidos físicos y psíquicos. Pero cuando prevalece la consigna de la protección de la raza, con miras a la sociedad futura, los temas de la *eugenesia* de un modo u otro proclaman que los débiles deben ser sacrificados. A. Ameghino recoge así esa

⁴ *El incremento de la locura en la República Argentina después de la guerra*, folleto, 1923, p. 6.

tradicción que José Hualde y el Prof. Estévez habían expresado con sus ideas de la esterilización de los alienados y que Carlos O. Bunge teorizó con imparable rigor a partir de sus tesis filosóficas sobre el papel de la degeneración en la historia.

El espectro de una nación sin pasado ni tradiciones se conjuga con esta profecía médica que anuncia el alumbramiento de una raza degenerada; la figura de un monstruo lo sintetiza, como si el mito de Frankenstein persiguiera los afanes por producir el hombre argentino. Pero junto a la reiteración de ese destino trágico, florecen los emblemas elitistas de la separación tajante respecto de la degradación cosmopolita, y la insistencia en forjar un espacio intelectual o político exclusivo y reservado retoma la fantasía platónica de una ciudad de los mejores. En ese sentido, con esa galería repetida de criminales y degenerados, cierta conciencia de casta escinde de sí algo de su propia historia y funda una empresa de autorreconocimiento que tendrá su núcleo sustitutivo y compensatorio en esa erónica ritual con que los “*gentlemen* escritores” fabrican una biografía colectiva.

Con todo, el monstruo permanece allí al acecho y vuelve con la fuerza de una alucinación que una zona de la literatura y el discurso médico social revelan. Finalmente, una investigación de las latencias, en la sexualidad y los negocios, la moralidad y los valores familiares de esa aristocracia autoengendrada, podría reestablecer las conexiones asociativas de esos contenidos expulsados y quizá sea posible sacar a la luz la filiación de los Genaro Piazza con las más sólidas tradiciones de la oligarquía argentina.

Nuestra América, de Carlos O. Bunge, (1903) lleva hasta su límite máximo la responsabilidad de la raza, como referente absoluto, en la conformación de la sociedad y la nación. Este “ensayo de psicología social”, que fue saludado con entusiasmo por la crítica (véase el comentario de Ingenieros en la Revista de Derecho, Historia y Letras, reproducido en su *Sociología argentina*) y mereció varias ediciones, se alineaba detrás de la obra de Sarmiento, con el objeto de estudiar



la organización política de los pueblos hispanoamericanos a la luz de una etnopsicología fabulatoria.

El análisis de las razas que alimentan la psicología criolla va ensamblando los componentes de la degeneración nacional. Los *españoles* aportaron la arrogancia y la indolencia; los *indígenas americanos*, la resignación, la pasividad y la venganza; los *mulatos* —descendientes de africanos— contribuyeron con el servilismo y la infatuación. Difícil imaginar un cuadro peor de esta fantástica lucha de razas; sus resultados —previa hibridación, que es un factor de inferioridad racial— son los rasgos dominantes del carácter hispanoamericano: la pereza, la tristeza y la arrogancia.

El texto de Bunge interesa no sólo porque demuestra la persistencia del fantasma racial veinte años después de *Conflictos y armonías*, sino porque pone en evidencia hasta qué punto la exploración de ese sustrato psicoorgánico indefinible marca a fuego la dirección y el futuro de un intento de interpretación sociológica de la realidad nacional. Basta leer los textos de Ingenieros (*Sociología Argentina*) para advertir que la

diferencia de enfoque que pretende establecer con su "economismo histórico" —inspirado en Aquiles Loria— no impide que siga atribuyendo un papel decisivo a la lucha de razas en la historia.

Y sin embargo, es preciso evitar el recurso fácil de unificar todo el pensamiento social de ese momento en una idéntica jerarquización de la noción de raza. Si bien ciertos temas básicos, positivistas y "darwinistas" son una moneda común en los textos sobre la sociedad o la historia, eso no significa que todos digan lo mismo ni impide enfrentamientos bien notorios.

Casi como una réplica a Bunge, la entonces profesora de enseñanza media Alicia Moreau dicta una conferencia en la Universidad de La Plata sobre "La pretendida degeneración de las razas"⁵. En ella propone abandonar la noción de raza para la interpretación del proceso histórico.

Comienza por un recorrido de la historia humana en la que el eje fundamental es el valor del progreso social; así retoma ciertos hitos de la evolución cultural: la postura erecta, el fuego, la piedra tallada y las primeras industrias. Con la organización en sociedades, la ayuda mutua y el lenguaje, las leyes de la naturaleza son superadas, se incrementa el alcance de las energías y nace, propiamente, la historia humana. Las civilizaciones nacen y mueren, como los organismos, y la lucha de clases funda una radical inestabilidad en el equilibrio de las sociedades.

Esa senda del pasado recorrido, entonces, deja ver un horizonte que se amplía. La separación entre la masa humana y la luz de la ciencia va a ir estrechándose: las conciencias ya se sacuden y despiertan las potencias dormidas. En ese cuadro grandioso los conflictos de la civilización y la mezcla de los pueblos no es un factor de degradación, sino que anuncia un porvenir abierto a los sueños de la solidaridad y la felicidad de los hombres.

Y, sin embargo, algunos agoreros anuncian un futuro negro. El conde de Gobineau, con su tesis de la degeneración de los pueblos y su dogmática ra-

cista anuncia que las inferiores ahogarán la superioridad de la raza aria en la marea de la mediocridad. En consecuencia insiste en la defensa de la pureza racial —y encuentra, como se vio, sus seguidores en la Argentina— con la consigna de que los superiores deben prevalecer a cualquier costo.

Alicia Moreau aguza su prédica: reducir la historia a la crónica de una raza es el resultado de una teoría grotesca. La propia noción de raza es ambigua e imprecisa; concita la mayor diversidad de opiniones respecto de sus límites y, más aún, de su número y caracteres. No existen razas puras y es insostenible establecer la superioridad orgánica de ciertos hombres sobre otros. Si hay individuos y pueblos que acusan un grado mayor de desenvolvimiento cultural, las causas hay que buscarlas en factores diversos, pero principalmente sociales y económicos.

Abandonemos el prejuicio de la raza —propone la conferencista— que es sólo una sobrevivencia de las nociones de una infranqueable desigualdad y de la superioridad de castas; todos los pueblos han contribuido a la obra común de la civilización. Y concluye: "destruyamos estos falsos conceptos, escudo tras el cual se ocultan o disimulan las abominaciones de las guerras coloniales, y que sobre sus ruinas los pueblos estrechen sus manos, los más avanzados ayudando a los más retardatarios, en vez de aniquilarlos con desprecio feroz y que continuando la obra del tiempo y del saber se forme la familia única de la humanidad del porvenir". Así hablaba la profesora Alicia Moreau en 1907.

El tema de la *pureza* funda mitos e instituciones que van mucho más allá de la pedagogía y la higiene sexual. Ante todo porque se sitúa como el núcleo que subtiende no sólo las representaciones de la salud física, psíquica y moral, sino a ciertos ideales de población y gobierno, a partir del supuesto de reductos "naturales" que deben ser protegidos de la contaminación. En ese sentido, la pureza de un sexo y un funcionamiento mental no afectados por las enfermedades del progreso son los objetivos renovados de la utopía médicosocial.

Si en esta versión "naturalista", la psiquiatría ya no espera casi nada de la civilización y apela más bien a las buenas cualidades de la vida, la escisión se desplaza sobre la propia naturaleza, entre esa condición tranquila y libre de conflictos que se asienta en la representación del pasado, y la sangre agitada e infectada de esa masa urbana presente que el inmigrante corporiza.

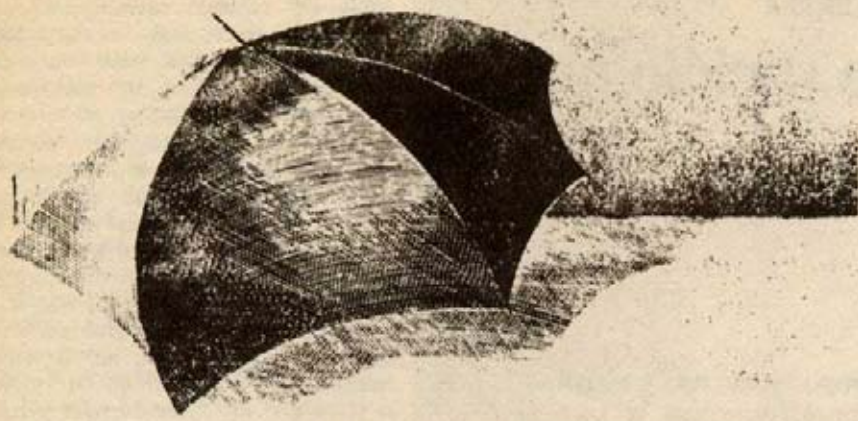
Es notorio, por ejemplo, que el tema de la sífilis, cuando aparece en el discurso higienista, más que en su especificidad etiológica o clínica propiamente médicas, está dominado por la función visualizadora de los factores de la degradación biológica y moral en el doble registro de la especie y de la sociedad.

La propuesta de control del inmigrante se orienta centralmente hacia la locura y la sífilis y con ello define dos espacios de impureza, en la *mente* y en el *sexo* que deben ser preservados como los medios de producción de la nueva raza. Trabajar y procrear, el amor a la autoridad y a la familia: la racionalidad del capitalismo hace converger los modelos de la cordura con los de la salud del sexo.

La degeneración tendría sus atributos más estables e "internos" en el polo de la sífilis y la locura, mientras que el alcohol y el dinero caracterizan su polo exterior y objetivado; entre ellos se establece una dialéctica que hace jugar de modo variable la combinación de lo hereditario y lo adquirido. La tuberculosis, la infancia abandonada, la salud materno-infantil, son temas anexos que en todo caso reafirman y alimentan el papel esencial de la contribución higienista en esa empresa mayor de socialización y regeneración.

A los ideales de la cordura como una virtud autoconstruida, que era propia de cierta tradición romántica presente en el alienismo, se substituye la propuesta de la salud como atributo de la raza, concebida como región localizada de la especie. Con ello los excesos de la utopía regenerativa corren parejos con la imagen inflacionada del Estado, capturado en la fantasmagoría de una directa expresión acumulada del vigor de la raza. "Un país vale lo que valen sus instituciones", nos decían los sociólogos y juristas hasta hace poco:

⁵ Conferencias, Univ. Nac. de La Plata, 1907 y 1908.



ESCRITURA

Teoría y crítica literarias

Consejo de Dirección
 Angel Rama — Rafael Di Prisco

Año VI, N° 11

I. PROBLEMAS
 DE TEORÍA LITERARIA

II. LITERATURA
 LATINOAMERICANA

Correspondencia a: Apartado 65603, Caracas 1066-A, Venezuela

revista de
 crítica
 literaria
 latinoamericana

Dirección:
 ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
 Urbanización La Castellana
 Teléfono 456353
 Lima - 18
 PERU

un país vale por lo que produce y construye, dicen otros más recientes. Nosotros, médicos, decimos, por encima de jóvenes y viejos: un pueblo vale lo que valen sus hombres, lo que vale su raza, lo que hay en ella de fuerza, de salud y virtud"⁶.

Los temas de la *eugenesia*, si bien no superaron nunca el nivel de la fantasía en cuanto a una implementación programática, son bien reveladores de la lógica que domina esa visión organicista de la nación. La eugenesia busca "la aplicación de las leyes que rigen el desarrollo de la vida, al perfeccionamiento de los organismos en general y particularmente el de la especie humana"⁷. Su hermana mayor es la *zootecnia* —nos ilustra A. Ameghino—, la que opera, indudablemente con grandes ventajas y con muchas más posibilidades prácticas de modificación del ambiente y la población. De cualquier modo el paralelo, aunque sea "de intención", es bien significativo, y no sólo por la directa asociación de la masa sobre la que habría que operar —que para el autor citado es, explícitamente, la inmigración— con una condición zoológica,

sino porque frente a una propuesta de este tipo siempre cabe la pregunta: ¿quién elige y programa a los programadores?

Si el profilacta debe guiar su acción por los ideales eugenésicos, más que por indicaciones técnicas precisas, no por eso dejan de señalarse algunas tareas. Por ejemplo: "buscará el cruzamiento que más convenga a tal o cual tipo de degenerado, preponderará a que haya leyes que le permitan evitar la procreación de los peores, instituirá, de su punto de vista, la prevención prenatal, instruirá al público sobre las cuestiones de su incumbencia, hará propaganda adecuada a sus fines"...⁸.

Es cierto que desde el conde de Gobineau a Francis Galton, toda una línea de pensamiento socio y psicológico proyectó sobre esa imaginaria sustancia racial los ensueños de una administración de la herencia como resorte esencial del poder. Pero, en la Argentina, el Club del Progreso, sin ninguna racionalización teórica, trazó un camino de exclusiones en el que ese ideal de pureza se combina con el modelo oligocrático de poder. En ese sentido, no es exagerado proponer una línea de coherencia, a la vez estratégica y doctrinaria, entre los usos socialmente restrictivos de la elite, la Ley de Residencia, y las propuestas de preservación mental debidas a A. Ameghino.

⁸ Id., p. 437.

⁶ De Veyga, Francisco: *Degeneración y degenerados*. Citado por Loudet y Loudet: *Historia de la psiquiatría argentina*, Troquel, Buenos Aires, 1971, p. 131.

⁷ Ameghino, Arturo: "Reseña y crítica de las instituciones actuales de la profilaxis mental". *Rev. Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal*, XI (1924), p. 417.

Lección

El oficio de sociólogo

Pierre Bourdieu

Sociólogo de los intelectuales y del campo intelectual y artístico, sociólogo de la sociología y sus condiciones, Bourdieu se incorporó en abril de este año al Collège de France, cuya tradición impone las "lecciones inaugurales", rito académico (cumplido, entre otros, por Lévi-Strauss y Barthes), que en este caso se convierte en objeto de reflexión sociológica por parte del propio oficiante.

Debería ser posible pronunciar una Lección, incluso una Lección inaugural, sin preguntarse sobre el derecho a hacerlo. La institución está allí para disipar el interrogante y la angustia vinculados a la arbitrariedad de los comienzos. Rito de incorporación y de investidura, la Lección inaugural, *inceptio*, realiza simbólicamente el acto de delegar, a partir del cual el nuevo maestro está autorizado a hablar con autoridad y su palabra se instituye como discurso legítimo, pronunciado por quien tiene derecho a hacerlo. La eficacia mágica del ritual descansa sobre el intercambio silencioso e invisible entre el nuevo, que ofrece públicamente su palabra, y los maestros que testimonian con su presencia corporal que esta palabra, así recibida por los maestros más eminentes, puede ser universalmente recibida, es decir, en sentido fuerte, magistral.

La policía simbólica

Pero es mejor no ir demasiado lejos con el juego de la Lección inaugural: la sociología, ciencia de la institución y de las relaciones con la institución [...] supone y produce una distancia insoportable, no sólo para la institución; la sociología nos arranca del estado de inocencia que permite responder bien y *felizmente* a las expectativas de la institución.

[...] Lección sobre la Lección, discurso que reflexiona sobre sí en el acto del discurso, eso tendría por lo menos el

mérito de recordar una de las propiedades fundamentales de la sociología, tal como yo la concibo: todas las proposiciones que esta ciencia enuncia pueden y deben aplicarse al sujeto que construye la ciencia. Cuando ese sujeto no sabe introducir esa distancia, el sociólogo da la razón a los que ven en él una suerte de inquisidor terrorista, dispuesto a todas las acciones de policía simbólica. No se entra en la sociología sin desgarrar las adherencias y las adhesiones por las cuales, habitualmente, se pertenece a un grupo, sin abjurar de las creencias que son constitutivas de la pertenencia, sin renegar de todo lazo de afiliación y filiación.

Así, el sociólogo, salido de lo que se llama el pueblo e incorporado a lo que se llama la élite, no puede acceder a la lucidez especial, que es típica de todo extrañamiento social, si no denuncia tanto la representación populista del pueblo, que sólo engaña a sus autores, como la representación elitista de las élites, construida para engañar a los que pertenecen a ellas y a los que no.

Considerar la inserción social del investigador como un obstáculo insuperable en la construcción de una sociología científica, supone olvidar que el sociólogo encuentra armas contra los determinismos sociales en la misma ciencia y, por lo tanto, en su conciencia. La sociología de la sociología, que permite movilizar contra la ciencia que está haciéndose las adquisiciones que la ciencia

ha hecho, es un instrumento indispensable del método sociológico: se hace ciencia (y, sobre todo, se hace sociología) tanto en contra como con la formación recibida. Sólo la historia puede librarnos de la historia.

[...] Esta interrogación crítica no debe ser entendida como concesión a la actitud antiinstitucional que se respira en el aire. Ella se impone como el único modo de escapar al principio sistemático del error que acecha a la visión soberana. Cuando ejerce el derecho, que a veces se le reconoce, de señalar los límites entre las clases, las regiones, las naciones; de decidir, con la autoridad de la ciencia, si existen o no clases sociales y cuántas; si tal clase o tal otra —proletariado, campesinado, pequeña burguesía—, tal o cual unidad geográfica —Breñaña, Córcega, Occitania— son realidad o ficción, el sociólogo asume o usurpa las funciones del *rex* arcaico, investido, según Benveniste, del poder de *regere fines* y de *regere sacra*, de indicar las fronteras y los límites, es decir lo sagrado.

El latín tiene también otra palabra [...], *ensor* para designar a quien detenta estatutariamente el poder de *constitución*, que pertenece al decir autorizado, capaz de hacer existir en las conciencias y en las cosas las divisiones del mundo social. El *ensor*, responsable de la operación técnica de clasificar a los ciudadanos según su fortuna, también lo es de un juicio más próximo al del juez que al del científico. Juicio que consiste (y cito a Georges Dumézil) en "situar (un hombre, un acto, una opinión, etc.) en su justo lugar jerárquico, con todas las consecuencias prácticas de esta situación, por medio de una justa estimación pública".

En contra del sociólogo rey

[...] Aquellos que deploran el pesimismo desencantado o los efectos desmovilizadores del análisis sociológico, cuando éste formula por ejemplo las leyes de la reproducción social, tienen tanto fundamento para hacerlo como si reprocharan a Galileo habernos desilusionado del sueño de volar porque formuló la ley de la caída de los cuerpos. Enunciar una ley social como la que dice que el capital cultural va al capital cultural, es abrir la posibilidad de que se introduzcan entre las circunstancias que contribuyen a los efectos previstos por esta ley —en el caso: eliminación escolar de los chicos más desprovistos de capital cultural—

"elementos modificadores", como decía Comte, que, incluso débiles, pueden transformar en el sentido de nuestros deseos el resultado de los mecanismos.

El hecho de que el conocimiento de los mecanismos permite, en este caso como en otros, determinar las condiciones y los medios de una acción destinada a dominarlos, justifica el rechazo de un sociologismo que trate lo probable como destino siempre justificado; y allí están los movimientos de liberación para probar que una cierta dosis de utopía, esa negación mágica de lo real que en otras instancias se califica de neurótica, contribuye a crear las condiciones políticas de una negación práctica de la comprobación realista.

Pero sobre todo, el conocimiento ejerce por sí mismo un efecto, que yo creo liberador, cada vez que los mecanismos cuyas leyes descubre, deben una parte de su eficacia al desconocimiento, es decir, siempre que llegamos a enfrentarnos con la violencia simbólica. Esta forma particular de violencia se ejerce sobre sujetos cognoscentes, pero cuyos actos de conocimiento, en tanto parciales y mistificados, encierran el reconocimiento tácito de la dominación implicada en la ignorancia de los verdaderos fundamentos de esa dominación. Es comprensible que a la sociología se le discuta constantemente su estatuto de ciencia, en primer lugar por parte de aquellos que necesitan de las tinieblas del desconocimiento para ejercer su comercio simbólico.

La necesidad de rechazar la tentación regalista es más fuerte que nunca cuando se trata de pensar científicamente el mundo científico o el mundo intelectual. Si debió pensarse de nuevo toda la sociología de los intelectuales, fue por la importancia de los intereses y de las inversiones en juego. Es increíblemente difícil, para un intelectual, escapar a la lógica de la lucha en la que cada uno es de buena gana sociólogo (en el sentido más brutalmente sociologista) de sus adversarios, al mismo tiempo que funciona como su propio ideólogo, según la ley de cegueras y lucideces cruzadas que regula las luchas sociales por la verdad.

[...] Es comprensible que la existencia de la sociología como disciplina científica esté amenazada constantemente. La vulnerabilidad estructural que resulta de la posibilidad de trampear con los imperativos científicos por el juego de la politización, le hace temer tanto de los poderes que le son propicios como de los que



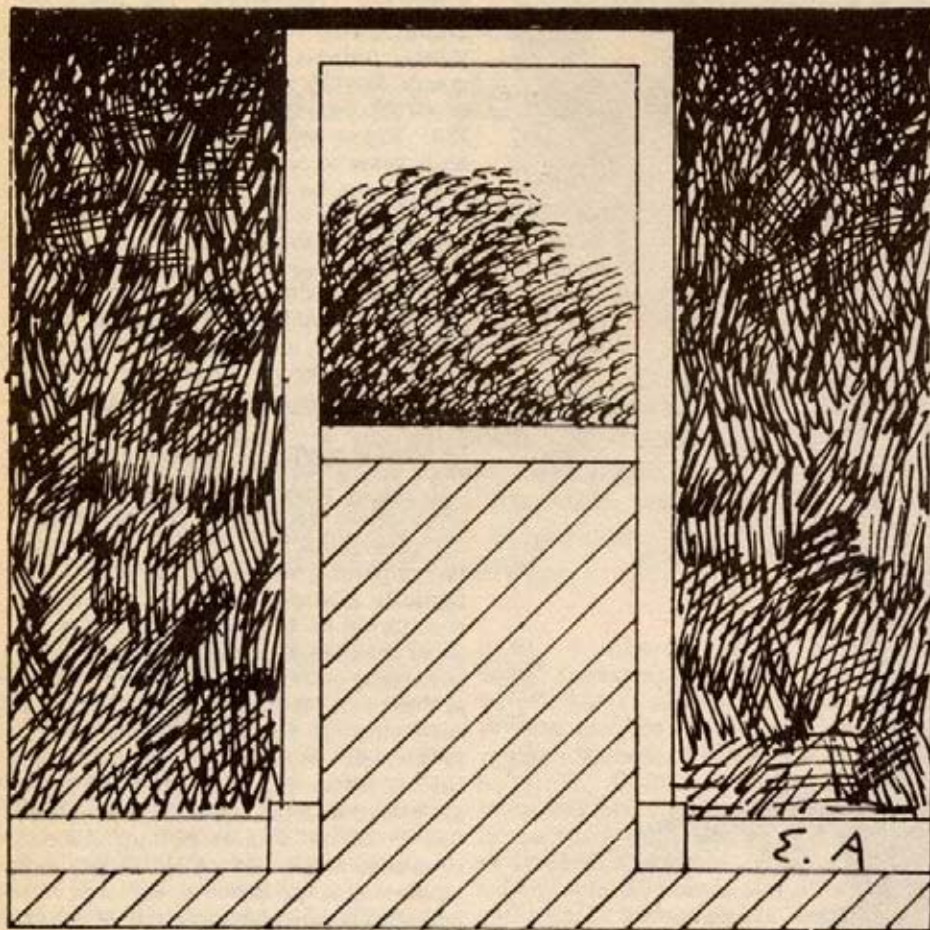
desean su desaparición. Las demandas sociales están siempre encubriendo presiones, órdenes, seducciones, y el más grande servicio que se puede hacer a la sociología es, quizás, no pedirle nada. Paul Veyne señalaba que "los grandes arcaizantes se reconocen de lejos, en las páginas que no escriben". ¿Qué decir de los sociólogos a quienes se invita constantemente a desbordar los límites de su ciencia? No es demasiado fácil renunciar a las gratificaciones inmediatas del profetismo cotidiano. Y al mismo tiempo el silencio, destinado por definición a pasar inadvertido, deja el campo libre a la inanidad sonora de la falsa ciencia.

La historia cuerpo y la historia cosa

[...] El principio de la acción histórica, tratase del artista, del científico o del gobernante, del obrero o del pequeño empleado, no es un sujeto que enfrentaría a la sociedad como a un objeto constituido en la exterioridad. No reside en la conciencia ni en las cosas, sino en la relación entre dos estados de lo social, es decir entre la historia objetivada en las cosas, bajo la forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos, bajo la forma de un conjunto de disposiciones duraderas, que yo llamo *habitus*. El cuerpo está en el mundo social; el mundo social está en el cuerpo. Y la incorporación de lo social, realizada en el aprendizaje, es fundamento de la presencia en el mundo social, supuesta en las acciones socialmente exitosas y en la experiencia común y no problematizada del mundo.

[...] La sociología no es un capítulo de la mecánica; los campos sociales son campos de fuerza, pero también campos de lucha para conservar o transformar esos campos de fuerza. La relación práctica o de pensamiento que los agentes mantienen con el juego es parte del juego y puede estar en el principio de su transformación. Los campos sociales más diferentes, la corte, el campo de los partidos políticos, el de las empresas o el universitario, sólo funcionan si existen los agentes que invierten en ellos (invierten, en los diferentes sentidos del término), que comprometen allí sus recursos y allí apuestan, contribuyendo de este modo, incluso por el antagonismo, a conservar la estructura o, en ciertas condiciones, a transformarla.

Como participamos siempre en algunos de estos juegos sociales, ofrecidos en los diferentes campos, no se nos ocurre pre-



guntar por qué hay acción, hecho que, excluida una propensión natural a la acción o al trabajo, no va de suyo. Cada uno sabe por experiencia que lo que hace correr al alto funcionario puede dejar del todo indiferente al investigador y que las inversiones del artista son ininteligibles para el banquero.

[...] Sobre todo cuando son adeptos a una filosofía escatológica de la historia, los sociólogos se sienten depositarios de un mandato social, el mandato de dar un sentido, dar razón, incluso poner orden y asignar fines. Y, sin embargo, no están en el mejor lugar para comprender la miseria de los hombres sin cualidades sociales, se trate de la resignación trágica de los viejos abandonados a la muerte social en hospitales y hospicios, de la sumisión silenciosa de los desempleados o de la violencia desesperada de esos adolescentes que buscan, en una acción que se reduce a la infracción, el medio para acceder a una forma

reconocida de existencia social.

Sin duda, porque tienen una profunda necesidad, como todo el mundo, de la ilusión de la misión social para reconocer cuál es su principio, les cuesta descubrir el verdadero fundamento del poder exorbitante que ejercen todos los juicios sobre la importancia, todos los objetos simbólicos, condecoraciones, cruces, medallas, palmas o cintas, y, también, los soportes sociales de la *illusio* vital, misiones, funciones y vocaciones, mandatos, ministerios y magisterios.

[...] Tal hubiera debido ser, sin duda, la lección de una Lección inaugural de sociología, consagrada a la sociología de la Lección inaugural. Un discurso que se toma a sí mismo como objeto, llama menos la atención sobre el referente y más sobre la operación que consiste en referirse a lo que se está haciendo y a lo que lo distingue del hecho de hacer simplemente lo que se hace, de estar volcado por completo en lo que se hace. Esta

vuelta reflexiva, cuando se realiza, como ahora, dentro de la misma situación, tiene algo de insólito o de insolente. Rompe el encanto, atrae la mirada sobre aquello que el simple "hacer" quiere olvidar y hacer olvidar. Registra los efectos oratorios y retóricos que, como la actitud de leer con tono de improvisación un texto escrito de antemano, tienen como objetivo probar y hacer experimentar que el orador está presente por completo en lo que hace, que cree en lo que dice y que adhiere plenamente a la misión con que se lo ha investido. Se introduce así una distancia que amenaza con liquidar, tanto en el orador como en el público, la creencia, que es la condición ordinaria de funcionamiento de la institución.

Pero esta libertad respecto de la institución es el único homenaje digno a una institución de libertad, comprometida siempre, como ésta, en defender la libertad respecto de las instituciones, condición de toda ciencia y, en primer lugar, de una ciencia de las instituciones. Es también el único testimonio de reconocimiento digno de aquellos que han defendido aquí la recepción de una ciencia mal amada y poco tranquilizadora. Entre ellos quiero subrayar a André Miquel.

La empresa paradójica que consiste en aprovechar una posición de autoridad para decir, con autoridad, lo que significa decir con autoridad, para pronunciar una lección, pero una lección de libertad respecto de todas las lecciones, sería simplemente inconsecuente, incluso autodestructiva, si la ambición misma de construir una ciencia sobre la creencia no supusiera creer en la ciencia. Nada es menos cínico, menos maquiavélico que estos enunciados paradójales que enuncian y denuncian el principio mismo del poder que ejercen. No existe sociólogo que quisiera correr el riesgo de destruir el delgado velo de fe o de mala fe que constituye el encanto de todas las piedades institucionales, si no tuviera también fe en la posibilidad y la necesidad de universalizar la libertad respecto de la institución que da marco a la sociología; si no creyera en las virtudes liberadoras del que es, sin duda, el menos ilegítimo de los poderes simbólicos, el de la ciencia, especialmente cuando toma la forma de una ciencia de los poderes simbólicos, capaz de restituir a los sujetos sociales el dominio sobre las falsas trascendencias que el desconocimiento crea y recrea continuamente.

Poemas

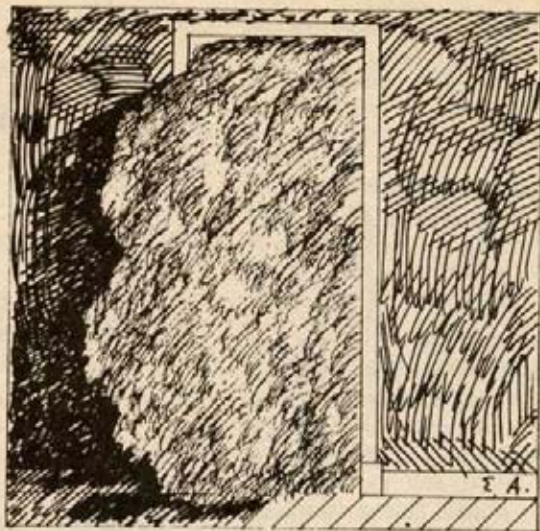
Edgardo Russo

NATURALEZA MUERTA. 4

Clarea tras la tela el verano, en la jungla del
 [patio.
 No hay nada en qué fijar, más allá de la maraña
 de enredaderas que trepan el tapial carcomido
 de agónicos helechos la vista quieta.
 Nada, de este lado de la tela donde se agrieta
 abovedada contra la ventana la sombra del que
 [mira.
 Pero si en este preciso instante aparecieras,
 [deteniéndote
 bajo el arco que dibuja la hoja de la palmera
 [al caer,
 y desde esa quietud de retrato me miraras
 quebrarías —única cosa viva entre las verdes
 [mortajas—
 esta naturaleza muerta, este instante enjaulado.

NATURALEZA MUERTA. 1

De lo que hay aquí ninguna cosa te pertenece:
 el alto eucaliptus visto desde la cama al
 [despertar,
 los gatos asomándose al espacio hueco
 que el ángulo de abertura de la puerta descubre
 de este lado del eucaliptus. Difusa luz de día
 sobre los frutos del paraíso en el rectángulo
 [de tierra,
 hacia el límite donde se confunde el maná
 con la redondez accidentada de la manzana.
 De imágenes antiguas se nutren el despertar
 y el sueño. La mesa se recorta contra la ventana
 también abierta. Una frutera con una sola
 [naranja.
 y hacia la derecha, firmemente iluminado
 de luz de día, un alto de libros que el aroma
 del eucaliptus —con todo lo imaginado—
 [recubre.



PAISAJES DE HOSPITAL

(de amado a amada después de un accidente)

Sé por tus cartas que dos pinos se hamacan
 en las tormentas tras tu ventana.
 Y que hay monjas planeando
 en tus sueños de siesta como caranchos.
 Aquí, en cambio, sólo hay un álamo flaco
 llenando el mísero espacio de jardín.
 Y las monjas transitan mis pesadillas
 sin hábito y con el sexo en la mano.

REHACER MI VIDA

“Son frases dichas en la oscuridad —dijo—
 a las que nadie da crédito, nadie. Frases
 dichas en la oscuridad frente a la luna del espejo:
 chácharas, rosarios, míseros “ave maría”.
 “Cuando ya todos se han ido —dijo—
 y no queda ni el ánima, nada, y el espejo
 no refleja porque lógicamente está oscuro,
 entonces hablo —dijo. Y son frases dichas en la
 [oscuridad:
 Son grandes frases las que digo,
 huecas pero poderosas, dichas como al pasar,
 precisamente cuando la carpa cae —dijo—
 como el peso de una estaca sobre el corazón
 [y no hay nadie”.

Aldo F. Oliva

Bajamos a beber,
Copa de Adviento,
tu vino sigiloso en la mañana.
De ágata podrá, fúlgido miedo,
que en cielo se consuma,
ser llamado;
y reposo de ser, virtual
en la pasión de la amapola;
del onfalos celeste "estruendo mudo"
y lujuria apagada en la palabra.

Pero serás infiel a tu predicación,
amor urgente;
más vasta que la sombra de tus nombres,
la sed de ti
inscribirá la gracia
que la historia humilló.

Mierda de persuasión.
Mierda de olvido.
Bebamos, Hamlet, la sangre que en el viento se
[levanta.

Eduardo Romano

ENTRE VOS Y YO

Una mujer final encenderá su cigarrillo
sobre los restos de tus palabras éxitos protestas
y deslizará su mirada entre las lajas
húmedas de tu pasado que no flota
comerá tus raíces en cucullas
mientras exhibe su jugosa intimidad
E leuantosse de mannana et confessosse
qué dijiste repetime o te acordás
cuando se desató debajo tuyo por completo
las escenas de la pasión pintadas todavía
sobre sus pechos brazos espalda tosantil
In her dead face, half of your self shall see
la llamaban fregaba y rezongaba
ponía hijos cada tanto miserables
como yo salgo siempre de mi madre aunque
no habrá ninguna igual todas murieron
y las tendieron a secar a resignarse
Je croyais respirer le parfum de ton sang
cada veinticinco días y fracción qué hacemos
oh flor oh corazón oh patas en la fuente
se me llenan los ojos de lo que hubiera sido
en otro mundo otro país otra mujer
en la otra ventanilla por favor.

ELEGIA

Fatis avulseas voluntas.
Lucrecio

Ardes, virgen trozada, ahora que eres leño
—fuente de llama en tierra seca—.
Doliente, te circundo con mi sueño iniciado
en levitar el brote mutante donde habita
tu dulce variedad, tu carne viva.

Pero no eres el mundo sino su huella hendida,
el abismo feral que huye de la mano,
la flor del hipogeo, revelada.

Tiempo y deseo.

Yo que fui un dios y no toqué tu cuerpo,
al sesgo de la lumbre,

en el clinamen

sutil por la tiniebla,
ahora te incido, Dafne,
arqueada en el triclinio
venal de la memoria

y otra vez vuelvo a perderte.

ANTOLOGO

Qué extraña sensación en esta tarde
que tuvo algo de gris —la repintaron tantos—
haber pasado a máquina un vagón de poemas
[ajenos
o media tonelada de imágenes eróticas exóticas
de gestos llevados a la rastra hasta el papel
de dibujos verbales tallados con la sangre
millares de sucesos tal vez no acaecidos nunca
[vistos

pero oídos por mí mientras copiaba
con miedo de hablar al fin como los otros
nunca se sabe tanto amor esparcido tanto odio
no es bueno a solas tiquitac punto y aparte
la poesía es siempre quién lo ignora
una maraña viciosa de palabras
que circulan sin regla en todas direcciones
no puedo sofocar tal rebelión tanto estallido
tampoco avance señor juez que estoy
[parlamentando

la propiedad intelectual ya se ha salvado
yo apenas sigo aquí para tapar este derrame
tratando de impedir que entre renglones
crezcan flores nocivas insanos arbolitos
las ansias locas de mi generación la del sesenta
qué modo de quedarse en el camino cuántos
[muertos.



La moral de la crítica

Beatriz Sarlo

David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Capítulo, Biblioteca argentina fundamental, Serie complementaria: Sociedad y cultura 1.

Publicado en 1964, este libro de David Viñas es probablemente la primera discusión global de la literatura argentina del siglo XIX, desde los años del primer nacionalismo cultural. Es también, como *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, un ensayo sobre la Argentina, en el cual la literatura no es un pretexto sino un revelador.

Viñas trabaja con algunas certezas que sería aconsejable no perder de vista, después del embate a que fueron sometidas en los años dorados del formalismo: en primer lugar, que en la trama social se cruzan los discursos literarios con los de la ideología y, eventualmente, con las formas más explícitas de lo político; en consecuencia, que es un error exorcizar esta contami-

nación, que no sólo informa sobre las condiciones de posibilidad de un texto, sino también sobre su carácter y función. En segundo lugar, que las estrategias propiamente literarias, elecciones dentro del sistema de la literatura, tienen una verdad social. "Toda estética, escribe Viñas, implica una moral". La escritura es un ethos, según la fórmula de Barthes, todavía sartreano. Finalmente, en las elipsis y silencios del texto, hay también una remisión; no es posible un texto absolutamente autoreferido, porque por esa misma cualidad hipotética dejaría de significar.

Este que aún hoy, y hoy especialmente, es punto de debate de la crítica constituye el marco dentro del que fue escrito y debe leerse el libro de Viñas. El espíritu de gravedad de los años de *Contorno* le proporciona, además, densidad y cierta violencia a la exposición. El lector percibirá, quizás extrañado, que no hay rastros de frivolidad en este libro, escrito con la seguridad de que una línea del debate ideológico argentino pasa

por su literatura. Si hay algo indiscutible en estos ensayos inteligentes y, en ocasiones, arbitrarios, es que hablan de lo que realmente importa. Tomemos la literatura en serio, parecen decir. Y si esto provocó resistencias cuando se publicaron, es probable que hoy resulte más escandaloso. Pero no es posible descartarlos con un gesto o una boutade de la Teoría, en nombre de ninguna de las muertes celebradas en los últimos años: de las ideologías o del sujeto.

Goldmann está presente (innombrado) en *Literatura argentina y realidad política*. Pero su modelo homológico, esa previsible correspondencia entre estructuras significativas, cuya armonía queda garantizada desde el comienzo, y que postulan una tranquila transparencia de lo social, donde cada clase va a encontrar a su hombre y cada hombre a su texto, se conmueve. Una línea de la estilística, que se ha cruzado ya con el psicoanálisis (pienso en Poulet y Richard) integra el sistema de lecturas críticas a partir del que se escribieron estos ensayos¹. Y Sartre, claro está, atacando el determinismo goldmanniano en el encuentro de historia y biografía, que proporciona el marco de un análisis de Mansilla en el que se anticipan todas las claves que la crítica irá desarrollando posteriormente. Viñas comparte con Adolfo Prieto² esta perspectiva, que es también la de Noé Jitrik en su libro sobre Quiroga.

La transformación de lo real social tal como queda investida en lo simbólico: bajo la presión del cambio ideológico, bajo la amenaza del cambio social, ¿cómo se escribió la literatura argentina? y, mejor aún, ¿cómo escribió la literatura estos datos? Viñas analiza los procesos de transformación en el plano simbólico: por ejemplo, la alteración de la pareja niño-criado favorito o de la figura literaria del gaucho por la inclusión productiva, política, lingüística del inmigrante. Percibe también el cambio de fun-

¹ Véanse los análisis de Mansilla: el uso del paréntesis, la estructura narrativa laxa, la función de los posesivos, por ejemplo.

² Véase: Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1966. Una primera edición de este libro se publicó en la Universidad Nacional del Litoral, Rosario. Una tercera ha aparecido en la misma colección que incluye el libro de Viñas que estamos comentando.

ción de los topos ideológico-literarios, combate la idea de una forma o un contenido que se repite, para señalar centralmente que el significado se define por la función: del viaje romántico al viaje utilitario o al viaje estético, cambia en la literatura argentina, según Viñas, tanto la función del viajero como la de Europa, ocupando lugares diferentes; cuando la mirada romántica se posa sobre las capitales del viejo mundo busca un objeto que será ignorado, pasado por alto, por la mirada utilitaria y, en consecuencia, ausente en los textos producidos desde esa perspectiva.

Como confesaba Orwell de Dickens: libros de los cuales a uno le gustaría robar. A decir verdad, libro que ha sido silenciosamente saqueado y prueba de ello es que su Mansilla, su Cané, su Sarmiento balzaciano, sus escritores profesionales se han convertido en temas canónicos, anónimos y difundidos como las tramas de los cuentos populares. También aparece en este libro la primera fórmula (versión original, si no me engaño) de una tesis que después se convirtió en principio omniexplicativo, perdiendo por eso mismo su capacidad para describir la especificidad de ciertos procesos. Me refiero a la de la inversión americana de los contenidos ideológicos de las teorías y sistemas europeos, que Viñas formula así: "Cambaceres invertirá el aprendizaje hecho en el naturalismo originariamente antiburgués para impugnar a los hijos de los proletarios inmigrantes". Escrita en 1964, la tesis de la inversión de los contenidos ideológicos tendrá su apogeo en los primeros años de la década siguiente, proporcionando una traducción sofisticada de las teorías de la dependencia cultural.

Viñas tiene una percepción aguda de la literatura argentina del siglo XIX³. Buena parte de esa agudeza, esa novedad de la mirada, tiene que ver con su sentido de lo concreto. Frente a una

³ Aguda pero, sobre todo en su consideración de los escritores profesionales del 900, arbitraria y sociológicamente esquemática. Tanto a los hombres del Centenario como a Sánchez los enterra bajo una montaña de acusaciones: en primer lugar, la de que pese a todo y objetivamente, por debajo de sus conflictos evidentes, estaban al servicio de la oligarquía. Aunque Viñas percibe bien el cambio que implica la profesionalización, sin embargo vuelve a convertir a estos escritores de nuevo tipo una vez más en poetas y dramaturgos de corte: de la corte de *La Nación*.

crítica que desmaterializaba a la literatura, volviendo su proceso de producción tan intangible como sus metáforas, Viñas lee el texto literario dentro del texto social (de un modo que, por los tópicos elegidos, recuerda algunos de los trabajos de Lotman, que se difundieron en Occidente bastante después): una trama fuertemente marcada por las costumbres, las reglas de la cortesía, el sistema de las diversiones, los parentescos o los trajes, los espacios y los decorados, en suma, la escenificación de las relaciones sociales y de la cultura. Viñas opera *mezclando* y produce un nuevo objeto para la crítica; la hipótesis es que la significación estética y sociológica de ciertas prácticas cotidianas ilumina todo el discurso de una cultura. Sólo una cita: "'colocaban una frase' como quien toma un potich para depositarlo sobre un estante o 'tenían salidas' cuando empezaban a presentir que el uso de las palabras acorrala. Tomar las palabras con las puntas de los dedos, picar una comida, afilar un cigarro, palmear una yegua de raza".

El espacio y los procesos de construcción de lo simbólico ensanchan la perspectiva de la crítica literaria. La operación de incorporar estas zonas de lo simbólico no puede explicarse sin el convencimiento de que es preciso atacar un prejuicio que aparece bajo las formas más diversas: el de la sacralización de lo espiritual. Como Barthes, Viñas se irrita ante las coartadas del mito, y las designa, como Barthes: naturalización, deshistorización, espiritualización. Los opuestos naturaleza-historia, confundidos en la operación del mito, son discriminados por la crítica. La mitología oligárquica es la realización rioplatense de ese discurso construido sobre o adicionado a las formas simbólicas. Desarticular este discurso que se apodera de los signos para extraer de ellos su vida, señalar esta vampirización de los signos por los mitos, es para Viñas una función de la crítica.

Porque, en definitiva, para Viñas, como para los hombres de *Contorno*, la crítica *tiene una función*. Esta fórmula, desprestigiada en los últimos años tanto en el espacio del cientificismo o del formalismo más estrecho (lo cual es comprensible) como en los círculos de izquierda, debería revisarse: en sus errores pero también en sus aciertos. El libro de David Viñas no es, con seguridad, el menor de ellos.

Temas y variaciones en la narrativa de Daniel Moyano

María Teresa
Gramuglio

Daniel Moyano, *El vuelo del tigre*, Ed. Legasa, Madrid/Buenos Aires/ México, 1981.

1. Algunas transformaciones

Dentro de la narrativa de Moyano, *El vuelo del tigre* aparece como un texto donde cristaliza un movimiento de transformación que ya apuntaba en relatos anteriores¹, y que se puede verificar en varios niveles. En el más visible, se modifican y aun desaparecen algunas de las constantes temáticas que habían sido características de sus cuentos y novelas; junto con ello, los sujetos del relato (narrador, personajes) tienden a desligarse de una historia estrictamente personal e intrasferible que los define en su individualidad, para asumir una dimensión más colectiva, casi ejemplar; al mismo tiempo, se acentúa la presencia de procedimientos desrealizantes que acercan la escritura a formas vinculadas a las corrientes predominantes en la narrativa hispanoamericana a partir de la década del sesenta. Los primeros relatos de Moyano se sustraían a la órbita de influencia de esos modelos dominan-

¹ Moyano es autor de varias novelas y libros de cuentos. Entre las primeras, *Una luz muy lejana* (1966), *El oscuro* (1968), *El trino del diablo* (1974). Sus libros de cuentos son: *Artistas de variedades* (1960), *La lombriz* (1967), *Mi música es para esta gente* (1970) y *El estuche del cocodrilo* (1974).

tes, y esto en parte puede explicarse por su larga radicación en un medio provinciano alejado de los centros del "poder literario" y por el carácter accidentado de su formación intelectual (autodidáctica, fragmentaria, asistemática). No es casual que el acercamiento a esas tendencias se intensifique a medida que se define su colocación en el campo literario, y posteriormente con su traslado a Europa, lo que indica que esas transformaciones no serían ajenas a la particular inserción de Moyano en ese ámbito y a la índole de su proyecto; pero son también, al mismo tiempo, un indicio de los efectos de la historia reciente en la sustancia misma de su escritura narrativa.

La presencia de aquellas constantes es la "marca de origen" —en los varios sentidos de la palabra— de los cuentos de Moyano; en ellos vuelve una y otra vez, obsesivamente, un núcleo ligado a su experiencia personal, que es narrado a través de la reiteración y la variación de un conjunto de motivos, y que narra sin cesar una misma historia básica que puede leerse, condensada, en uno de sus primeros cuentos, *La lombriz*². Esa historia se desencadena a partir de un hecho anterior presente por su ausencia, silenciado o vagamente evocado en los relatos: la ruptura de la unidad familiar del protagonista, que provoca un desplazamiento de las funciones paternas a las figuras de tíos y abuelos. Con el desplazamiento, los integrantes del nuevo grupo familiar adquieren características demoníacas, y el espacio a que pertenecen —la casa— es vivido como un infierno del que es necesario salir para salvarse, necesidad que inaugura otra línea temática: la salida de la casa y la experiencia de la ciudad, central en *Una luz muy lejana*; pero los fantasmas del pasado, convertidos en objetos persecutorios de los que es imposible desprenderse, acosan al personaje y obstaculizan su proyecto: en registros diferentes, este tramo de la historia es el eje de *Una partida de tenis* y de *El oscuro*.

Es ese núcleo temático el que en *El*

vuelo del tigre aparece transformado hasta la inversión. Los Aballay son un grupo familiar completo, en el que conviven tres generaciones (abuelo-hijos-nietos) y que se ramifica en una maraña de tíos y primos, presentes en las fotos y cartas que actualizan sus historias y los hacen ingresar en el relato. La vida familiar no está a salvo de las calamidades que provoca un orden social injusto (el abuelo ha sido despojado de sus tierras, uno de los niños ha muerto de diarrea estival, en Hualacato hay hambre, plagas, pobreza), pero toda ella se cimenta en un orden ancestral que la legitima aun en su precariedad y que señala, registrándolas en las fotografías, la importancia de sus celebraciones rituales: casamientos, velorios, cumpleaños. La casa y sus habitantes han dejado de ser figuras demoníacas. Por el contrario, el infierno y la persecución ahora están afuera, y es la presencia invasora de Nabu, el Percusionista —agente de la violencia que desconocidos poderes externos desencadenan en Hualacato— lo que convierte la vida familiar en un asfixiante régimen carcelario, donde hasta se prohíbe el libre uso de la palabra, y en el que poseer la fotografía de un pariente peligroso o ceder al impulso del deseo

sexual son transgresiones que pueden costar la vida.

La persecución ya no viene de adentro, sino de afuera. Correlativamente, otro motivo se invierte: los objetos persecutorios se ubican ahora en el presente y no en un pasado ominoso cuya huella se desea borrar. El núcleo familiar no fragmentado asegura la continuidad de la filiación y garantiza la identificación con la figura paterna como un hecho no problemático, perteneciente al orden natural de las cosas. Los rasgos andados del abuelo Aballay se repiten en su hijo y en su nieto. Muerto el Cholo, su hijo el Kico repite y asume su figura.

La transformación de los temas básicos halla en este punto su correspondencia con una transformación en el nivel de los personajes, que, despojados del espesor que les conferían los conflictos arraigados en sus historias personales, adquieren una proyección casi arquetípica (modalidad constructiva que está presente en el Triclinio de *El trino del diablo*). Los personajes de *El vuelo del tigre*, constituidos por sus nombres y sus lenguajes triviales, y fundamentalmente por la posición que ocupan en el grupo familiar, se proyectan más allá de sí mismos y pasan a ser soporte de funcio-

CRITICA&UTOPIA

latinoamericana de Ciencias Sociales

6

Sociedad civil y autoritarismo

el problema

de la participación política y social
en América Latina

ante los proyectos neoliberales y
las transformaciones que éstos inducen.

² *La lombriz* es un cuento clave con respecto a ese núcleo, pues además de condensar las unidades narrativas recurrentes que traman la historia —los robos del tío, los intentos de suicidio de la tía, la posesión y pérdida del perro— ponen en escena la situación de relato, representando en los personajes a un narrador y a su auditorio (Matías y sus amigos) e introduciendo en la trama las operaciones constructivas.

nes y significados múltiples cuya definición pasa por la pertenencia a algún tipo de comunidad que los engloba: son los miembros de la familia Aballay, son también todos los habitantes de Hualacato, son cualquier grupo oprimido que se rebela contra un poder arbitrario cuya ley es la violencia.

Este procedimiento intensifica las funciones simbólicas y alegóricas en el relato, potenciadas a su vez por la utilización de recursos desrealizantes, que ubican la historia en un espacio y un tiempo deliberadamente impreciso, localizable a través de alusiones dispersas. En sus obras anteriores, Moyano forzaba la ortodoxia de la representación realista introduciendo alucinaciones y visiones obsesivas y apelando a la perspectiva de la mirada infantil o a la irrupción de hechos insólitos para crear momentos de extrañamiento y de ruptura de las convenciones de verosimilitud. En *El vuelo del tigre* estos recursos se multiplican y pasan a ser, más que rupturas, la verdadera constante del relato, que por estos rasgos puede situarse cómodamente cerca de la denominación de realismo mágico. Hay inclusión de relatos dentro del relato que complementan la historia y enriquecen su sentido; hay cambios del punto de vista y alternancia de voces narrativas; hay extraños intercambios entre los mundos humanos y animal; hay imágenes fantásticas de los opresores.

2. Pelear con puras invenciones

Cambios en los temas, en los personajes, en el registro poético. Lo que se cuenta, ¿es otra historia? Y en todo caso, ¿qué historia? Si narrar ha sido para Moyano una forma de exorcizar sus demonios interiores, estos cambios en su escritura pueden ser leídos como un índice de que la historia reciente del país se ha encargado de ponerle a mano nuevos demonios a exorcizar. En este punto, el proyecto de Moyano se toca con uno de los nudos decisivos que definen la problemática de la narrativa argentina contemporánea: cómo contar, precisamente, esa historia³.

El vuelo del tigre busca uno de los modos posibles de contar la experiencia social de la violencia represiva apelando

a un discurso alusivo que elude la representación directa y multiplica los recursos de figuración (metafóricos, simbólicos, alegóricos). De esa multiplicidad emerge como dominante el tratamiento alegórico, cuya dinámica hace que cada elemento del relato pueda, más allá de su función interna, ser relacionado con un elemento del tema a que se alude. Si en este caso la norma de la relación alegórica es su carácter difuso y hasta enigmático, que mantiene la actividad plurisignificante en el texto en un estado como de suspensión mientras remite al contexto la función de precisar los posibles sentidos, ella es a veces desmentida por la transparencia de algunos enunciados que irrumpen en el discurso de modo deliberadamente unívoco; en estos puntos, el texto reduce su riqueza significativa y fija, junto con un sentido, la dirección de la lectura. Al mismo tiempo, el movimiento hacia la alegoría se refuerza con una intención apologética, que impregna la novela y confiere a la peripecia de los Aballay su carácter ejemplar. El apólogo, ya se sabe, es una forma vinculada a la oralidad y que tiende, como las fábulas, a ilustrar una verdad. Las historias que cuenta el abuelo Aballay son una cifra de esas funciones y tematizan a su vez, como en un espejo, la función del conjunto. El viejo Aballay, se lee al comienzo; "contaba a su manera, fabulando sin alterar los fundamentos, mezclando a los animales con los hombres, en parte para poder llegar a la verdad, en parte para atenuar ciertas imágenes que dañarían la memoria, transfiriéndolas a cosas menos sensibles que la carne."

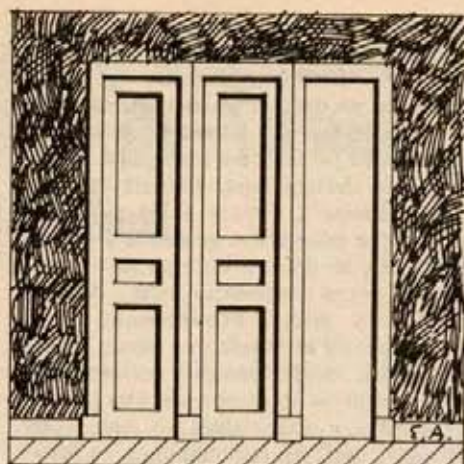
En el interior de esa poética, o, si se quiere, de esta retórica *El vuelo del tigre* exagera el poder de la invención como recurso para entender y modificar lo real; en este caso, para acabar con la violencia de los opresores. Cuando la familia está sometida al rígido control del Percusionista, el viejo Aballay piensa: "Tengo que inventar algo". Y lo primero que inventa es un lenguaje cuyo poder va más allá de la función instrumental de asegurar la comunicación entre los miembros del grupo y que incide, como los conjuros, en la realidad: "Y con cada palabra que inventen tendrán una nueva cosa, encontrando la palabra justa hasta podrán sacar a Nabu de la casa cualquier día". No es casual entonces que el estallido liberador esté saturado de recursos inventivos que bordean la magia: los ani-

males traen mensajes; la señal es la llegada de los globos azules; el Percusionista es inmovilizado con papirolas y expulsado aprovechando una migración de pájaros. Como vuelta de tuercas, en la más plena tradición del realismo mágico, hasta la naturaleza colabora con los habitantes de Hualacato, y una inundación apocalíptica arrastra a los opresores.

Ya se sabe que todo relato, al mismo tiempo que cuenta una historia, se cuenta de algún modo a sí mismo. Si en *El vuelo del tigre* la actividad inventiva del viejo Aballay es decisiva para hacer avanzar la peripecia de la liberación, su actividad fabuladora resulta clave no sólo para la modalidad, sino también para la constitución del relato, que a través de ella se interroga sobre sus funciones. Una interrogación que en la novela aparece fuertemente marcada por el nudo decisivo que se señaló más arriba, pues con las historias del viejo se problematiza la función social —es decir, la relación con otros discursos y prácticas— de la función estética. En *El vuelo del tigre* no hay —no puede haberla— una respuesta unívoca, sino una multiplicidad de posibilidades que se superponen y coexisten sin excluirse. Se cuenta para "alcanzar la verdad", lo que supone pensar la actividad narrativa como una forma de conocimiento —conocimiento que, en el caso del viejo Aballay, no discurre por los canales de la lógica y que se origina en una sabiduría ancestral—. Para el viejo, lo real es lo que no se tiene, y por ello se cuenta para que exista lo que no está, para realizar mágicamente lo que se desea. Se cuenta para no olvidar lo que pasó, y también, a la inversa —como en un conjuro— para borrar lo que pasó.

Finalmente, *El vuelo del tigre* incorpora en la multiplicidad de voces que se hacen cargo del relato, la pregunta por el sujeto narrativo. Pues, en definitiva ¿quién cuenta esta historia? ¿Y desde dónde? ¿Se trata, como en el siempre mentado juego de las cajas chinas, de otra historia más del viejo? La indeterminación del sujeto es una figura que condensa la ambigüedad de un texto que, construido sobre el modo alusivo, se resiste a la univocidad: "Y a lo mejor todo esto sean puras fantasías, cosas que piensa un preso estando solo y nada más. Pero aún en este caso serían útiles, inventar lo que no está para que sea, al menos mientras dure esta guerra de un solo bando, este gran soliloquio de los percusionistas".

³ Moyano se ha referido a este aspecto en el punto 4 de su respuesta a la Encuesta a la literatura argentina contemporánea. Véase *Capítulo. La historia de la literatura argentina*. No 135, CEAL, Bs. As., 1982.



Novela policial: la violencia y la ironía

Carlos D. Martínez

José Pablo Feinmann, *Ni el tiro del final*, Pomaire, Buenos Aires, 1982.

"En su total fracaso de vivir
ni el tiro del final te va a salir".
Cátulo Castillo

¿Qué implicancia tiene la novela negra en la literatura argentina? El interrogante no es nuevo ni carece de respuestas; pero sí es perfectamente válido replantearse ante una lectura de la segunda novela de Feinmann¹.

A fines de los años cincuenta, en torno a las propuestas intelectuales y literarias del grupo *Contorno*, algunos de

sus integrantes revalorizan la novela policial norteamericana en consonancia con la obra de narradores como Hemingway². Y a partir de ese momento, aunque muy aisladamente, el género irá ganando adeptos en los círculos de escritores³.

En la década siguiente, la editorial *Tiempo contemporáneo* publica una colección, dirigida por Ricardo Piglia, que reúne los mejores títulos de esta vertiente policial. El mismo Piglia, ha señalado que con la puesta en circula-

² Juan José Sebreli escribe dos elogiosos artículos sobre Hammett: "Dashiell Hammett o la ambigüedad", en el *El Litoral*, Santa Fe, 8 de marzo de 1959; "Dashiell Hammett, novelista de una sociedad de competencia", en *Ficción* N° 50, Bs. As., setiembre de 1966. Y David Viñas dos relatos con el seudónimo de Pedro Pago titulados "Chicho Grande" y "Chicho Chico", publicados en las colecciones de E. Fentanes hacia 1950, según informan Lafforgue y Rivera en el citado libro.

³ No así entre los del grupo *Sur*, que como el mismo Borges lo ha expresado, rechazan de pleno esa variante "truculenta" del género donde "todos son malevos: criminales y policías". (Cfr. *Asesinos de papel*).

ción de escritores como Chandler, Hammett, Cain, Goodis y otros, se crea un espacio de lectura diferente, pues muchos de ellos habían sido leídos con "las pautas y los criterios de valor impuestos por la novela de enigma"⁴. Lo cierto es que la creación de esta perspectiva de lectura se produce en un momento en que se articulan las bases de nuevas coordenadas dentro del campo intelectual nacional. Dos fenómenos son fundamentales: la ampliación del público lector coincidente con el boom de la narrativa latinoamericana y el interés creciente de la literatura (los escritores) por los códigos y claves de los *mass-media*. Manuel Puig es quizá quien mejor expresa en sus primeras novelas esta tendencia a incorporar formas de la cultura de masas, o los llamados géneros menores como el folletín. Por otra parte, Rodolfo Walsh, crea un tipo de *ficción-verdad* que maneja el esquema de una investigación propio del relato policial, y con las que toca profundamente zonas muy negras de la historia argentina (*Operación masacre*, *¿Quién mató a Rosendo?* y *El caso Satanoski*). Y como proyección de ese nuevo espacio de lectura, se suscita también una influencia muy marcada en las nuevas promociones de narradores, quienes adoptan una exploración local de esos modelos y ensayan, en algunos casos, una vertiente paródica⁵.

En esta tradición de lo policial se inscribe la obra de Feinmann, y en un momento en que las pautas del relato detectivesco —tal vez como nunca en nuestro contexto— recorre casi todas las instancias de los medios masivos de comunicación.

Su primera novela, *Ultimos días de la víctima* (1979) está escrita con los artificios de la novela negra, pero también remite a la literatura nacional, al Borges, más precisamente, de los cuentos *El muerto* y *La muerte y la brújula*. Las citas iniciales de Hammett y Borges resumen claramente esa confluencia. Pero esas claves de la policial *dura* funcionan aquí como una metáfora de la violencia que conmociona a la sociedad argentina

⁴ Cfr. *Asesinos de papel*.

⁵ Juan Carlos Martini, Osvaldo Soriano, Ricardo Piglia, Sergio Sinay, Pablo Urbanyi, Rubén Tizziani, Alberto Laiseca y Pablo Leonardo (Leonardo Moledo) son los principales exponentes a partir de 1973 de esta corriente narrativa.

¹ Como lo han señalado Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera en *Asesinos de Papel* (Calicanto, 1977), el interés por la novela policial en la literatura argentina se remonta hacia fines del siglo pasado y es posible reconocerlo en algunos relatos de Holmberg y Groussac. Por otra parte, no puede ignorarse su gravitación en la constitución de ciertos sistemas literarios como, por ejemplo, la novela clásica de enigma en la narrativa del 40.

a partir de la segunda mitad de la década pasada.⁶

Ni el tiro del final, si bien continúa esta corriente *policial* es mucho más ambiciosa en cuanto a su trabajo escrutatorio. Por otro lado, si en *Ultimos días*... lo no expresado, lo eludido, operaba como el andarivel de su lectura más profunda, en este texto todo está más directamente planteado; hay, incluso, un sesgo autobiográfico en su trama que se conecta con su tematización principal: el fracaso y la desesperanza de una generación en nuestro país, a la cual pertenece su autor.

Feinmann prescinde ahora del narrador en tercera persona —tan afín a la novela *policial* y que había usado en *Ultimos días*...— y combina eficazmente distintas voces narrativas. Están los monólogos de Ismael Navarro en el bar *Douglas*, su propia perspectiva sobre los hechos, el monólogo de Susy Rivas, las cartas que Navarro escribe a su amigo Pedro, las respuestas de éste y el cuento que el mismo Navarro escribe. Es una visión caleidoscópica que no complejiza para nada la fluidez de su desarrollo anecdótico. Desde una situación general de fracaso de sus principales protagonistas (Navarro y sus amigos) la novela cuenta centralmente la historia de un nuevo fracaso. (Y en ese sentido cobra significación unitaria la alusión del verso del tango "Desencuentro" de C. Castillo, que no es más que otra versión de "Cambalache".) Para quienes no han conocido nada más que una serie de frustraciones en sus intentos profesionales —Navarro es licenciado en filosofía, pero se gana la vida tocando el piano o escribiendo con seudónimos en folletines de terror, el abogado Ortiz tiene una agencia de investigaciones— y en la experiencia política, sólo el delito, un chantaje en este caso, se les presenta como única vía de acceso a una vida más placentera y menos humillante.

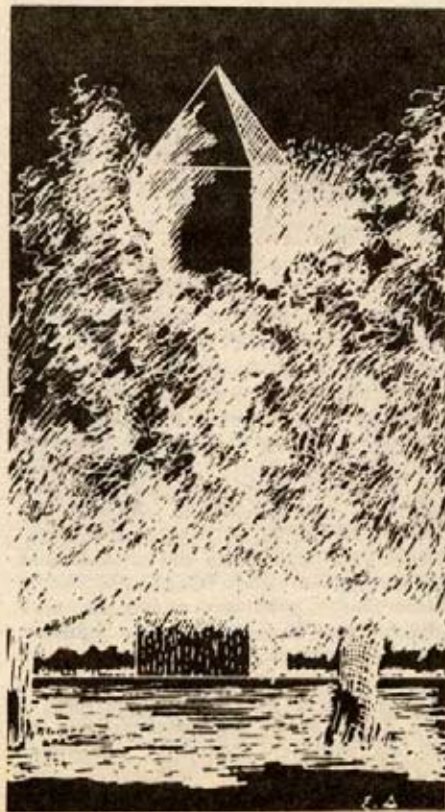
En este plano la intriga *policial* se reduce a los intentos de consumir ese chantaje, pero la traición de Susy, quien busca liberarse a su vez explotando sus propios atractivos, impide su concreción. Despiadadamente Feinmann pone al descubierto esa zona marginal, sus contradicciones e ilusiones, la ingenuidad y

la nostalgia por un paraíso supuestamente perdido en un momento de aparente esplendor histórico. Navarro y Ortiz recuerdan en distintas secuencias sus años de estudiantes de filosofía o algunas máximas de Perón ("ese otro padre mío", que Ortiz declara llorar todavía "en noches solitarias"). Frente a los exponentes de una generación golpeada y desesperanzada, se delinea un espacio —representado por el empresario Salas— de exuberancia y poder. Precisamente, Salas es el único en la novela que puede hablar de política: repite consignas antidemocráticas y expresa su fervor por una ideología elitista e imperialista. A estos dos aspectos, bastante esquemáticos, se reduce el mundo de *Ni el tiro del final*, dimensión que no aspira a la *representatividad* de la tradición realista —aunque todo es verosímil, los personajes, el Mar del Plata donde transcurren todos los hechos hacia fines de 1978— sino que enmarcado dentro de las pautas del relato *policial duro* alude sí a un aspecto de la realidad argentina de los últimos años. Como el desenlace lo revela, la aventura urdida por Ortiz y Navarro es otro fracaso, un fracaso delictual que se mide frente al verdadero delito organizado en

el que se sustenta el poder de Salas; único poder visible, por otra parte, en el horizonte social de la novela, o en las "huellas formales de lo empírico", como diría Theodor A. Adorno.

Otra interpretación que el texto novelístico propone se sitúa en el plano de la parodia y la ironía. En la perspectiva del relato que asume Navarro hay una constante referencia a distintas formas de la cultura de masas, ya sea a través del recuerdo nostálgico (Tarzán, *Los Pérez García*, el *Glostora Tango Club* de su niñez), en las comparaciones de la realidad con viejos filmes de misterio y aventura de los años cuarenta y cincuenta, o en los nombres de algunos lugares (el balneario de su amigo Pedro, se llama *Corto Maltés*) y personas (el guardaespaldas del *Douglas* es Boris Karloff que sonríe como Fu-Man-chú). Pero lo paródico, en tanto distanciamiento, discurso a dos voces, se constituye en el nivel del cuento que Navarro escribe y en las cartas que intercambia con su amigo editor de la revista *Historia de Crímenes e Iniquidades Varias*. En una de ellas, Navarro dice respecto al cuento que proyecta: "tendrá sangre, cuchilladas y todo cuanto pediste. Pero también tendrá joda, Pedrito, porque ya no se puede escribir sobre estos temas sin reírse de ellos." Todo este pasaje, además, tematiza en torno a los límites y alcances de la literatura de consumo. Por otro lado, la transcripción paulatina del relato *El primo Matías* que escribe Navarro va operando por su crueldad en contraste con la historia del chantaje y su desenlace: en el cuento el crimen es una cruzada irónica contra la *inmoralidad*, mientras que en la historia central de la novela el crimen se comete (el de Ortiz) para mantener justamente la *inmoralidad*. No sólo en este aspecto lo paródico está presente, sino que asoma también en torno a algunos elementos de la novela negra. El abogado-investigador Ortiz es una caricatura —claramente denotada en el texto— de Philippe Marlowe o Sam Spade.

Ni el tiro del final excede sin duda lo *policial*, pero se vale de sus claves y artilugios, como de su distanciamiento, para armar su estructura novelística. En la intersección de distintas voces o retóricas —y entre ellas la de la novela negra—, que fluyen cambiando de función, se erige casi una poética de la narrativa argentina actual, y en ese espectro, concretamente, la novela de Feinmann encuentra su lugar de lectura y valoración.



⁶ En un sentido similar puede leerse la novela *El cerco* (Bruguera, 1977), de Juan Carlos Martini, cuya alusión se centra en el miedo y la corrupción que experimentan ciertos elementos del poder económico en nuestro país.

Análisis de los actos lingüísticos en la perspectiva de Austin

Diana Helena Maffia

J. L. AUSTIN, *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1982, 217 pp.

Saludamos la aparición de esta nueva impresión del ya clásico libro de Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*; el mismo que Paidós publicara en 1971 bajo el título general *Palabras y acciones*. Suponemos que con este curioso cambio de nombre se pretende hoy atraer a los lingüistas, científicos sociales y filósofos interesados en pragmática; y en rigor el título actual corresponde al original inglés, sólo que hace 10 años es probable que su público natural se hubiese alejado confundiendo con un manual de retórica. Afortunadamente ese es el único cambio, manteniéndose intacta la excelente traducción y nota preliminar de G. Carrió y E. Rabossi, que por cierto merecen un párrafo aparte.

El libro es en realidad una serie de doce conferencias pronunciadas por el autor en las William James Lectures de la Universidad de Harvard, en 1955. Sus ideas básicas se originaron en 1939, y en parte aparecen en el artículo "Other Minds" de 1946. Posteriormente, durante algunos años, sus clases en Oxford (donde Austin estudió y enseñó hasta su temprana muerte, en 1960) versaron sobre el tema "Palabras y Acciones", con lo que fue ampliando y reelaborando un conjunto de notas que cubren aproximadamente los mismos temas de las conferencias de Harvard. Esas notas fueron recopiladas por J. O. Urmson para ofrecernos su rica problemática, así como el fructífero bosquejo de una teoría general de los actos lingüísticos. Como señalan los traductores, a causa de su origen "el libro tiene el tono de lo provisional", no obstante la originalidad del trabajo lo justifica. La obra escrita de Austin fue muy breve; aunque en el contacto

personal con alumnos y colegas a través de clases, reuniones académicas y seminarios, se cimentó una enorme y profunda influencia.

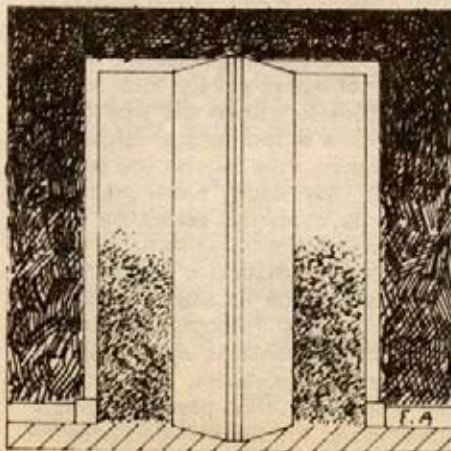
Quizás resulte útil, antes de entrar de lleno en la obra, ubicar el contexto filosófico en que se movió el autor. Es frecuente hablar de él como de un "filósofo del lenguaje", pero también es frecuente que no se ofrezca una noción clara de lo que esto significa. El interés por el lenguaje no es ciertamente un fenómeno reciente entre los filósofos (buena prueba de ello es el *Cratilo* de Platón) ni tampoco es exclusivo de una época; aunque puede advertirse que las observaciones sobre el lenguaje han tenido casi siempre un carácter instrumental, contribuyendo a aclarar problemas que se consideraban más fundamentales. A partir de fines de siglo pasado, conjuntamente con el desarrollo de la lógica formal, la lingüística histórica y la filología, la situación se va revirtiendo hasta que en nuestro siglo la preocupación por el lenguaje adquiere una dimensión notable. Filósofos de muy distintas corrientes testimonian con sus obras

este interés, y puede decirse que la relevancia otorgada al plano lingüístico es un rasgo del pensamiento filosófico actual. Aunque sin duda donde con más fuerza se manifiesta este rasgo dando lugar a un novedoso tratamiento de los problemas filosóficos, es en la obra de los llamados "filósofos analíticos". Más particularmente, va adquiriendo autonomía una nueva disciplina: la filosofía del lenguaje, que tiene por objeto "analizar los conceptos o nociones básicas asociadas al lenguaje, estudiar los rasgos generales del lenguaje y de la comunicación lingüística y discutir problemas tales como la relación entre el lenguaje y la realidad, la relación entre el lenguaje y el proceso de pensamiento, el relativismo lingüístico, etc."¹.

Es relevante señalar que los filósofos analíticos del lenguaje, en base a argumentos diversos, se enrolaron en dos filas muchas veces contrapuestas. Unos, partidarios de los *lenguajes formalizados*, procuraban restar a los lenguajes naturales ciertos rasgos que los hacían peligrosos sobre todo para la ciencia y la conservación del valor de verdad (rasgos como la vaguedad, la ambigüedad, la textura abierta, etc.). Otros, a favor del *lenguaje ordinario*, procuraban extraer de éste la riqueza conceptual implícita en sus distinciones. Se suele afirmar que Austin pertenece a este último grupo, pero ello requiere aún alguna aclaración.

Al hablar de filosofía analítica del lenguaje ordinario, es frecuente pensar en Wittgenstein, más particularmente en su obra póstuma *Philosophical Investigations*. Pero no es esta la posición de Austin. Wittgenstein enseñó en la universidad de Cambridge, mientras que Austin lo hizo en Oxford, donde el interés por el lenguaje tiene profunda raíz aristotélica. Podríamos decir que sus diferencias marcan dos líneas fundamentales dentro del mismo movimiento. Para Wittgenstein todos los problemas filosóficos son pseudoproblemas originados en usos espurios del lenguaje. La única tarea útil del filósofo es curar a sus colegas de esa enfermedad profesional que los impulsa a producir problemas artificiales (esto último le vale a su posición el nombre de "análisis lingüístico-terapéutico"). Las enseñanzas de Wittgenstein trascendieron

¹ Los conceptos anteriores, junto con un interesante análisis de los diversos tipos de teorías del significado, en Rabossi, E., "Teorías del significado y actos lingüísticos", Valencia, Venezuela, 1979.



Cambridge, sobre todo a través de sus discípulos, pero no influyeron en Austin. En todo caso, la línea austiniana se desarrolló en Oxford con rasgos propios. No se trata de que el lenguaje natural presente *todas* las distinciones que puedan interesar al estudioso (como a veces se ha interpretado su posición) sino de que constituye un punto de partida obligatorio. Austin no se inclina por un método para este relevamiento preliminar, ninguno es privilegiado. Tampoco se ocupa de delimitar su tarea de la de un gramático o un lingüista, ya que cree que los intereses se van unificando y que del trabajo común surgirá en el futuro una ciencia lingüística autónoma. Si hace falta algo más para distinguirlo de Wittgenstein, agreguemos que la utilización de sus logros para atacar problemas filosóficos era para él algo secundario, una consecuencia no buscada deliberadamente. El estudio del lenguaje ordinario podía constituir un fin en sí mismo. Y como señalan los traductores en su estudio preliminar, "en realidad no puede decirse que Austin haya sostenido una tesis específica acerca de lo que ha de entenderse por 'problemas filosóficos' y, menos aún, acerca de cómo se originan." (pág. 25).

Pero vayamos a la obra. Austin comienza por llamar la atención sobre la función atribuida por los filósofos a los enunciados: describir estados de cosas con verdad o falsedad. A esta función descriptiva le otorgan singular relevancia; aunque no todos los enunciados verdaderos o falsos son descripciones, por lo que el autor prefiere llamar a estas expresiones '*constatativas*'. Desde luego los filósofos no se oponen a la opinión de los gramáticos de que hay oraciones que no se usan para hacer enunciados (exclamaciones, ruegos, órdenes, preguntas). Sin embargo, hay ciertas expresiones lingüísticas que no pueden ser subsumidas en otra categoría gramatical que la de enunciado, pero que no describen nada, no son verdaderas o falsas, y tienen la peculiaridad de que al expresar la oración realizamos una acción (o parte de ella) que no describiríamos normalmente como consistente en decir algo.

Tomemos un ejemplo: decir "sí, juro" con la mano sobre los Evangelios y en presencia del funcionario adecuado, no es describir mi acción ni enunciar lo que estoy haciendo: es hacerlo. Y por cierto esta expresión no es verdadera ni

falsa. A este tipo de oraciones las llamaré Austin '*realizativas*'. Esta denominación indica que emitir la expresión es realizar una acción, aunque ésta no se concibe normalmente como el mero decir algo: es menester, además, un conjunto de circunstancias. Apostar no es simplemente decir "te apuesto"; por un lado alguien podría apostar sin emitir la expresión (por ej., poniendo dinero sobre una mesa); por otro, alguien podría pronunciar estas palabras y sin embargo no diríamos que ha apostado (por ej. si las pronuncia cuando la carrera ya ha terminado o sin que su contrincante lo acepte). Podríamos decir en general que la acción de apostar consiste en decir estas palabras en las circunstancias apropiadas. Cuando estas circunstancias no se presentan, empero, no diríamos que el enunciado es falso, sino en todo caso que la acción es infortunada.

¿Qué se necesita para el funcionamiento afortunado, o sin obstáculos, de un realizativo? Austin enuncia seis condiciones cuya no observancia da origen a distintos tipos de infortunios. Además, puesto que al emitir un realizativo realizamos una acción, están expuestos a las deficiencias de cualquier acción; y por tratarse de expresiones, también son susceptibles de padecer las deficiencias que afectan a las expresiones. El que el acto sea afortunado, por otra parte, no lo exime de toda crítica. Ahora bien, según esto, si la expresión ha de ser afortunada tienen que satisfacerse ciertas condiciones; las cosas tienen que ser de una determinada manera. Podríamos decir: es menester que ciertos enunciados sean verdaderos. Hablar de una expresión realizativa afortunada nos compromete con la verdad de ciertos enunciados. Pero este compromiso de verdad amenaza con borrar la distinción entre expresiones realizativas y expresiones constatativas. La situación se complica por el hecho de que algunos enunciados pueden estar afectados por consideraciones del tipo de las que apuntan a la fortuna y al infortunio.

Aquí Austin debe hacerse una pregunta crucial: ¿hay alguna forma precisa de distinguir la expresión realizativa de la constatativa? Indagará primero si existe algún criterio gramatical o lexicográfico, o una combinación de ambos. Pero este ensayo no resulta. Es común que la misma oración sea usada de ambas maneras, realizativa y constatativa. Sin embargo, cierta distinción verbal puede tener alguna relevancia: los realizativos tienen un

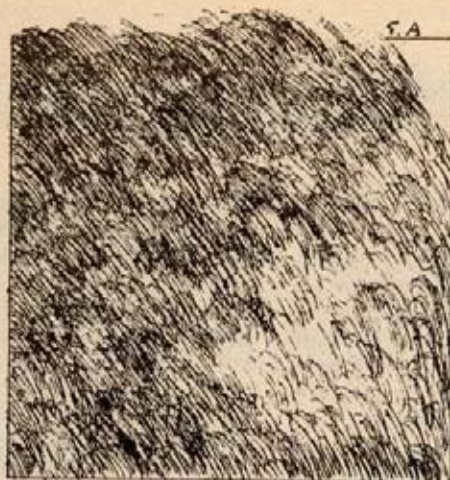
verbo en primera persona singular del presente del indicativo de la voz activa (pues quien enuncia es quien ejecuta la acción). Podría entonces hacerse una lista de tales verbos, sosteniéndose al mismo tiempo que los que no poseen esta forma privilegiada (realizativos primarios) pueden reducirse a ella y convertirse así en realizativos explícitos.

El camino es arduo y complicado y los esfuerzos parecen fracasar, por lo que Austin (y para esto nos encontramos ya a mitad del libro) propone sencillamente cambiar de estrategia. Quizás resulte más fructífero volver a cuestiones de base y considerar en cuántos sentidos puede entenderse que decir algo *es* hacer algo, o que *al* decir algo hacemos algo e, incluso, que *por* decir algo hacemos algo. Al acto de decir algo lo llama Austin un *acto locucionario*, que a su vez puede describirse como el acto de producir ciertos sonidos (acto fonético), de emitir ciertos vocablos o palabras en una construcción gramatical (acto fático) o de usar la expresión emitida en el acto fático con un sentido y una referencia más o menos definidos (acto rético). Al acto llevado a cabo *al* decir algo, lo llama *acto ilocucionario*; tal acto supone cierto efecto en mi interlocutor, que podríamos decir que consiste en la comprensión del significado y la fuerza de la locución. Por ejemplo, al decir "lo haré" no diré que he prometido, si mi interlocutor no le dio al enunciado la fuerza de una promesa sino que lo interpretó sólo como un débil propósito. Por último, al acto que llevo a cabo *por* decir algo lo llama Austin un *acto perlocucionario*, y consiste en las consecuencias sobre los pensamientos o acciones del auditorio, o del emisor. Para ilustrar esto podríamos pensar en el siguiente ejemplo: al decir "cuidado con el toro" (acto locucionario) le estaba advirtiendo que tuviera cuidado (acto ilocucionario) y lo sobresalté (acto perlocucionario). O bien podríamos dar tres descripciones diferentes correspondientes a cada tipo de acto: él dijo "ella merece tu perdón" (acto locucionario); él me aconsejó que la perdonara (acto ilocucionario); él me persuadió de que la perdonara (acto perlocucionario).

Se perfila así una teoría general de los actos lingüísticos. El tema central de la investigación de Austin serán los actos ilocucionarios y sus diferencias con los otros dos, sobre todo las ilocuciones y las perlocuciones entre sí. La elección de la

ilocución como tema central amplía el fenómeno a estudiar: no es sólo la oración nuestro objeto de análisis, sino el acto de emitir la expresión en una situación lingüística. De este modo se introduce el contexto, que completa el sentido del fenómeno a estudiar, puesto que el fenómeno real será el acto lingüístico total en la situación lingüística total.

En su última conferencia, Austin vuelve sobre el problema de la diferencia entre constataivos y realizativos, dicotomía que aparentemente debe ser sustituida por la idea de que hay familias más generales de actos lingüísticos. Distingue (de modo provisorio) cinco clases de verbos que clasifica según sus fuerzas ilocucionarias, y da listas que ejemplifican cada uno de ellos. Es oportuno señalar nuevamente (esta vez con una perspectiva más adecuada por parte del lector) el mérito de la traducción. Austin es puntilloso y riguroso en el análisis de matices de los datos lingüísticos que sirven de base a sus observaciones teóricas. Se trata del análisis de giros de la lengua inglesa cuya traducción literal no sólo no nos hubiera permitido penetrar el pensamiento del autor, sino que hubiera sido un obstáculo. Con ductilidad, con conocimiento profundo del tema, los traductores han debido reconstruir buena parte de los ejemplos para



salvar el espíritu de Austin por sobre la letra. Excusándose dicen en la nota preliminar que las traducciones, como las mujeres, cuando son bellas no son fieles y cuando son fieles no son bellas. Gracias a su infidelidad esta traducción nos permite transitar con más comodidad el camino y ganar en sugerencias (aunque esto, sospechamos, ya no es extensivo a las mujeres).

Austin sólo llega a esbozar senderos no exentos de dificultades. El texto está lleno de pistas para continuar líneas de investigación, y por cierto que algunos pensadores se han internado en ellas. El fenómeno lingüístico tal como aquí se presenta es de tal riqueza que resulta interesante no sólo a lingüistas, gramáticos y filósofos del lenguaje, sino a un amplio grupo de científicos sociales, juristas, psicolingüistas, antropólogos, sociólogos y científicos de la comunicación. La lectura de este texto resultará especialmente refrescante para quienes están habituados al análisis de inspiración francesa.

Sería demasiado pretensioso intentar incluir en esta nota el modo en que se ha ido desarrollando este núcleo germinal, pero deseamos simplemente expresar la opinión de que su aplicación al análisis literario o al psicoanálisis (por mencionar sólo dos síntomas) sería sumamente saludable.

Correo de lectores

Buenos Aires, 28 de junio de 1982

Estimados amigos:

Cuando un artículo de 41 párrafos contiene sólo 4 elaborados por el que lo firma y los restantes son una transcripción, a veces hasta literal, de partes de un trabajo de otro autor, y cuando constatamos que esos 4 párrafos son una disgresión prescindible sobre el tema central del artículo, no hay duda que estamos en presencia de un plagio de envergadura. Es el caso de la ponencia presentada por el Sr. Armando Sercovich con el título

“Estrategias discursivas e ideológicas en el campo de la mass-mediación” en el 1° Foro Internacional de Comunicación Social (Lima, Perú — 1982). Ella se basa y reproduce parte de mi trabajo “Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas” que escribí en enero de 1980 y que fue publicado en 1981 por la editorial Siglo XXI, México.

Ustedes lo podrán constatar fácilmente si se toman la molestia de cotejar los párrafos de la ponencia con los de mi artículo, según la numeración que les establecí en las fotocopias que adjunto.

Claro, el Sr. Sercovich tuvo a su favor para efectuar el plagio que la ponencia fue presentada en una reunión realizada fuera del país; pero, evidentemente, el mundo sigue siendo “un pañuelo” y, a menos de un mes de ese encuentro, recibí todas las ponencias que allí se discutieron. Lo que remite a lo que entiendo son las condiciones favorables para el plagio más nocivas.

El plagio, como todos sabemos, es una

actividad secular, pero en ciertas circunstancias específicas la cultura se procesa de tal modo que posibilita la impunidad del plagiador. Son estos momentos en que el espacio de la vida pública está recordado, muchos circuitos de la producción cultural desconectados entre sí y se desarrollan prácticas culturales que abarcan desde extraordinarias creaciones hasta promiscuas actividades como el plagio y el bicicleteo intelectual. Esto último al amparo de la privatización de la vida cotidiana, de la desinformación, de la forzada distancia en que quedamos muchas veces respecto a ciertas polémicas científicas y culturales y de la inexistencia de una escena pública en que se ejerzan derechos y obligaciones.

Por ello, no tengo otro recurso que realizar esta comunicación y pedirles a ustedes que la publiquen, aunque más no sea para colaborar en algo a la necesaria oxigenación del contexto en que vivimos.

Un cordial saludo,

Oscar Landi

Minima

David Viñas, Angel Rama, Jean Franco, Jacques Leenhardt, Tulio Halperín, Antonio Candido, Saúl Sosnowski, Jorge Aguilar Mora, Edmundo Desnoes, Antonio Skarmeta, Elizabeth Garrels:

Más allá del boom. Literatura y mercado, Marcha Editores, México, 1981.

Este libro recoge diez ponencias y un resumen de las discusiones de un coloquio sobre narrativa hispanoamericana que se realizó en Washington. A partir de un enfoque interdisciplinario que atiende a la consideración de aspectos no sólo literarios sino también históricos, sociales, económicos y políticos, una y otra vez aparece, como emergente y como objeto privilegiado de estudio, el grupo de novelas que constituyen el *boom*.

En torno de ese fenómeno se despliega un conjunto complejo de cuestiones. Porque, en primer lugar, la desigual trayectoria de los países latinoamericanos torna de entrada problemática esa supuesta unidad que las obras realizarían mágicamente en un espacio literario que la mirada metropolitana tiende a homogeneizar, pero que está en verdad recorrido por tensiones y divergencias visibles. ¿Cuál es, por ejemplo, el punto donde se intersectan *Rayuela* y *Cien años de soledad*? De ahí las dificultades tanto para fechar con precisión el surgimiento y el eclipse del *boom* como para convenir con unanimi-

dad acerca de sus figuras protagonistas, precursores, epígonos, efectos y aún tradiciones. Y también porque el mismo *boom*, desmintiendo la connotación optimista del término, es enfocado desde algunas perspectivas como un obstáculo para otros desarrollos, como una voz que silenció otras voces y que generó, más allá del brillante círculo del éxito, zonas no leídas, áreas grises, rincones oscurecidos que a partir del centro se van deshilachando y diluyendo hasta llegar a su exacto revés: el fracaso.

De la euforia a la depresión: así caracteriza David Viñas el circuito que va de los sesenta a los setenta. Un circuito que Rama describe en términos de transformación del mercado literario, y que Tulio Halperín aborda desde la óptica de la relación entre las imágenes de Latinoamérica elaboradas por la literatura y las ciencias sociales y el auge de los movimientos de liberación en la década del 60. Para completar este balance, resulta especialmente significativa la visión crítica que, como una mirada diferente, proponen los escritores ajenos o posteriores al *boom*.

M.T.G.

Rafael A. Bielsa, *Palabra contra palabra*, Ediciones El Lagrimal Trifurca, Rosario.

Como cierto personaje de Fitzgerald, estos poemas querrían llevar a cabo "algo sutil y poco ruidoso que algunos verán como excelen-

te"; ya en su breve nota introductoria, Bielsa toma partido —junto a otro personaje de Fitzgerald— contra "ese chocheo idiota de *Yo soy Dios-yo soy el hombre; yo manejo los vientos-veo a través del humo*". Opuestos así a la grandilocuencia whitmaniana, estos poemas se niegan —nos niegan— el espectáculo de su propia "poeticidad"; por el contrario, lo realizan en un fuerte, ya que no estentóreo, vanguardismo. Hay aquí, en este libro de factura delicada, una modernidad diferente a la que suele inflamar la nueva poesía; un vanguardismo del que sería inútil buscar los signos externos, autodeclamados, y sin embargo presente en el intento de llevar la frase poética a los bordes mismos de la prosa y la narración. Versos largos, resistentes a cualquier traducción a los metros tradicionales —salvo algún alejandrino puesto aquí y allá— van escandiendo estos mínimos relatos donde una melancólica historia de las jóvenes de una tribu otomana o de una despedida en un pueblo de frontera hacen soñar con enteras novelas cuyo ambiente natural es el humo del tabaco, la lejanía, la fuga; pero también la escena familiar, el piano tocado mientras no se habla de nada especial, el recuerdo de una película, la sola, deseosa fantasía de un muchacho ante una joven que baila en el escenario pueden ser el punto de partida del poema. El recorte preciso de la escena, perfilando las inalcanzables "figuras pintadas so-

bre seda que de tan vieja un temblor las desharía", es siempre el instrumento del acercamiento poético; siempre, es la exacta descripción a la que se confía, como quería Pavese, el sentimiento; siempre, la chispa alta de la opacidad del relato, de lo que tiene de irreductible a la generalización ideológica o sentimental.

En este sentido, el libro entero aparece como una respuesta a los problemas planteados en la referida nota introductoria: "Buscaba un hecho poético, un hecho que de por sí lo fuese; el mundo está lleno de hechos semejantes. De tal modo, los versos de cada poema fueron pensados como los lados de un marco que encerrara el objeto de ésta o aquella poesía. Cerco que rodea pero, desafortunadamente, sin contener". No hay en el libro tal infortunio, y sí una superación de esa antinomia: el hecho poético, efectivamente inapresable, deja en el marco que quería apresar las huellas de su irreplicable configuración. O, si se prefiere, en la batalla entre la palabra informulable ante el motivo, y la formulada del poema, ésta niega a aquella, pero realiza al mismo tiempo su intuición. He allí la lucha de palabra contra palabra ganada por este rosarino de 29 años en este, su cuarto libro de poemas.

D. S.

Libros recibidos

Ediciones Agon

Ana María Torres, *¿Qué le hicieron?*, cuentos, 135 págs.

Colección de historias con aire de familia y de lectura algo vista que reflejan la óptica de un determinado ambiente social (la burguesía) con irónica fidelidad. Prólogo de Juan José Hernández.

Ediciones Al Encuentro

Sergio Mauricio, *Algo de la época*, Buenos Aires.

"En el patio oscuro del instituto de rehabilitación mental/un amigo canta/mientras los pacientes escuchan con el pecho/casi en la caja de la guitarra,/ uno bebe un líquido que acabará con todo/y otro penetra su dedo en una nariz harta de llorar,/su canción llega extrañamente sobre los muros;/un paciente vuélvese dulce,/su boca como una mueca nunca terminada/comienza a expulsar baba, está como emocionado,/ el que está más cerca lo empieza a sacudir/observándole que no puede escuchar/y el paciente vuelve a tomar el aspecto de un pan mojado."

Ediciones Bajo el Volcán

Enrique Chamé, *El cementerio de los rugidos*, relatos, 132 págs.

Desde las distintas perspectivas de cada personaje, los relatos de *El cemento-*

rio de los rugidos ingresan en una trama novelística que los abarca y los relaciona. Allí se cruzan historias de vidas opacas, de frustraciones personales, de desencuentros y de claudicaciones, enmarcadas por los recuerdos del viejo barrio del Once y los juegos infantiles. El desamparo y la pobreza, la enfermedad y la muerte, son el trasfondo asordinado de estas melancólicas tragedias urbanas.

CISEA

Jorge Schvarzer, *Expansión económica del Estado subsidiario, 1976-1981, Ensayos y tesis del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración*, 141 págs.

Un detallado análisis del período 76-81 demuestra que las conducciones económicas más críticas del estado empresario presidieron un sistemático avance de éste, que responde a razones diferentes a las invocadas en sus críticas.

Ediciones de La Flor

José Gabriel Bañez, *El capitán Tresguerras fue a la guerra*, novela, 105 págs.

Dylan Thomas, *Cartas. Selección y prólogo de Constantine Fitzgibbons*, 330 págs.

Georges Brassens, *Antología poética*, tercera edición, 187 págs.

Folios Ediciones

Varios autores, *Vida y muerte del mexicano*, tomo I 217 págs., tomo II 332 págs.; edición a cargo de Federico Ortiz Quesada.

Editorial Galerna

Silvia Plager, *Amigas*, novela, 183 págs.

Crónica honesta, aunque no exenta de convencionalismos, de una amistad en sus distintas etapas. Novela con vocación generacional, produce cierto "interés humano" sin poner en marcha un funcionamiento literario muy elaborado.

Abelardo Castillo, *El cruce del Aqueronte*, editorial Galerna, 206 págs.

Castillo realiza una selección personal de sus cuentos que, bajo la advocación simbólica que da nombre al conjunto, convierte en un texto privilegiado para trazar el perfil de su escritura. Para el lector, este libro se transforma en un viaje a través de una obra que persigue incansable la perfección de la forma cuentística, volviendo sobre los motivos que configuran un mundo propio —el sexo, el alcohol, un mítico San Pedro, la figura del escritor— ya en clave irónica, ya en forma de homenajes —Poe, Miller— que proclaman una filiación.

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano.

SECRETARIO-TESORERO: Bruce Stiehm.

DIRECCION: 1312 C. L. Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, PA 15260, USA.

SUSCRIPCION ANUAL:

Países latinoamericanos: 20 dls.

Otros países: 25 dls.

Socios regulares: 30 dls.

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Gloria Jiménez Yamal

CANJE:

Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

Libros...

Francisco Courbet
Ediciones de Poesías

Carlos Penelas, *Poesía y ser*, 90 págs.

Textos que oscilan entre la evocación lírico-autobiográfica y la reflexión ideológica, dando llana cuenta de un auténtico y por momentos conmovedor "credo".

Ediciones Jacarandá

Alberto Campazas, *Rosario de siempre*, cuentos, 73 págs.

El lagrimal trifurca, Col. El Búho Encantado

Sergio Kern, *Escuchen*, poemas, 92 págs., Rosario.

Ediciones de poesía "La Lámpara errante"

Enrique Blanchard, *El fantasma y su límite*, poemas, 46 págs.

"Sospechamos otra memoria/su oculta historia/su suerte extraviada/su abotinado laberinto/sus arcaas vulneradas/vacías/tallaremos otra memoria/contra el miedo y el silencio/un sol se habrá incrustado en el tiempo/alucinado."

Los Nacionales Editores

Arturo Jauretche, *Que al salir salga cortando*, 189 págs.

Editorial Plus Ultra

Juan Carlos Korol e Hilda Sábato, *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina*, 213 págs.

Excelente trabajo monográfico, en el que se reconstruye unas de las muchas zonas grises de la historia social argentina, tanto desde el punto de vista poblacional y económico como desde la perspectiva antropológico-cultural: modos de vida, tipo de comunidad, formas de trabajo, etc.

Ediciones Ultimo Reino

Enrique Blanchard, *Siluetas de polvo*, poemas.

Un. Nac. del Comahue
Fac. de Humanidades

Hugo Cowes, *Notas sobre la lengua literaria de las novelas llamadas realistas*. Universidad Nacional del Comahue, 1982.

Desde la perspectiva estilística, procesada a través de Jakobson y el estructuralismo, Cowes prueba convincentemente la tesis de que la novela realista (en este caso *Miau* de Pérez Galdós) trabaja de manera creadora sobre la lengua y los medios de representación literaria.

REVISTAS

Andes, autores-escritores de Sucre, Colombia, año I, Nº 4, 1982.

Brecha, Nº 2, abril de 1982.

Cine Boletín, números 6 y 7, publicación del Centro de Informaciones y Estudios Cinematográficos.

Cuadernos médico-sociales, número 20, abril de 1982, publicación del centro de estudios sanitarios y sociales de la Asociación Médica de Rosario.

Hoja mensual de Poesía, Año III, números 16 y 17. Poemas de Martín Prieto, Sergio Cueto, Héctor De Benedictis y Daniel García Helder.

Inti, Revista de literatura hispánica, Nº 9, primavera 1979. *Julio Cortázar en Barnard*, número especial 1011 dedicado a Julio Cortázar, otoño 1979, primave-

ra 1980. Publicación del Department of Modern Languages del Providence College, Providence, EE. UU.

Ultimo reino, revista de poesía, año IV, Nº 8/9, abril-setiembre de 1982.

Con su habitual presentación gráfica de calidad, *U.R.* demuestra ser una de las más persistentes revistas de poesía en Argentina. Este número incluye un largo poema de Pablo de Rokha, "Canto del macho anciano". Junto con el número, se distribuye también *Música de invierno*, de María del Rosario Sola, dos largos textos notables por su elaboración de imágenes en el marco de una poética que no excluye sino que trabaja sobre los topes tardorrománticos.



ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Director: Emilio J. Corbière

Correspondencia: Revista *Icaria*, Fundación "Juan B. Justo", Av. Rivadavia 2009, piso 2º E, 1033, Buenos Aires, Argentina.

El Bimestre político y económico

Publicación del Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA)

Presidente del Comité Editorial

Roque Carranza

Equipo editorial

Jorge Roulet, Eduardo Passalacqua y Dante Caputo

Redacción y administración
Pueyrredón 510, 6º piso
1032 Buenos Aires, Argentina.